

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

nudillos de plata

peter debry



SS

SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

NUDILLOS DE PLATA

SERVICIO SECRETO n.º 1.173

Publicación semanal.

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito legal: B. 49.134 - 1972
ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1973

© PETER DEBRY - 1973
texto

© JORGE SAMPERE - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1973

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.294 — Corral de endemoniados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.156 — Experto en fantasmas.

En Colección BÚFALO:

950 — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

807 — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805 — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761 — El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

560 — La mafia de los puertos.

En Colección ASES DEL OESTE:

663 — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720 — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

97 — La maldición de Laffit.

En Colección BRAVO OESTE:

550 — Dos para un patíbulo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

10 — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

Rudy Pardo crispó los puños en el interior de los bolsillos verticales de su cazadora de cuero al ver aproximarse a Rick Lazar.

Estaba aguardando en la estación de Everett North, la llegada del Metro que le conduciría a su cena frugal en el reducido espacio donde dormía.

Aquella tarde no viajaba en su triciclo de reparto porque era sábado y había ido al cine.

Acechó al que años antes en la mexicana California Baja, se llamaba Ricardo Lázaro, y que ahora se dirigía hacia él.

Para rehuirle, Rudy Pardo se encaminó hacia el extremo del andén, haciendo un gasto impensado, ya que estaba ahorrando. Pero le gustaban los pirulís.

En el estado de Washington aquellas barritas de caramelo, se llamaban *candy*. Introdujo la moneda en la ranura, tiró de la palanca, y recogiendo, el caramelo desenvolvió el papel.

Mordía el extremo y vio a Rick Lazar que le hacía una seña amistosa. Instintivamente, Pardo le devolvió el saludo, porque no era rencoroso.

Habían sido amigos, meses antes. Poco tiempo antes de que Rick se pusiera amenazador hablando de muertos que aparecen flotando por no pagar la «cuota».

Una cuota que Pardo hacía tiempo había considerado abusiva. Pero un paisano, es siempre un paisano. Rick Lazar se aproximó sonriente:

—¡Hola, Rudy! ¿Qué tal va la vida?

Rudy Pardo sacudió el hombro para quitarse la mano, que encima de la hombrera desgastada de la cazadora comprada de enésima ocasión, acababa de colocar Lazar.

No le gustaba que nadie le pusiera la mano encima, y mucho menos estando a pocos centímetros del borde de las vías.

—Voy tirando.

—Si no tienes nada urgente, podrías acompañarme, Rudy.

—Me toca ir a dormir.

Rio Lazar amistoso:

—Siempre el mismo dormilón este Rudy.

Rudy Pardo no vio nada de gracioso en que le gustase dormir, pero la sonrisa del otro mexicano, era contagiosa.

—Bueno el pirulí, ¿eh? —siguió riendo Lazar.

Asintió Pardo, tirando la barrita, y relamiéndose. Tenía veinticinco años, y se contentaba con poco, porque estaba convencido que algún día llegaría a tener coche, comer a gusto y vestir bien, trabajando en algo más rentable que en repartir paquetes a domicilio.

Además, las chicas decían que, bien vestido, Rudy estaría guapísimo. Cuando se afeitaba veía un rostro moreno, enjuto, de ojos soñadores. La cara de un muchacho cualquiera, pero ellas decían que...

—Tengo que irme, Rudy. Arriba está el coche de un amigo que me va a llevar a Crakle, para recoger al pobre Floro.

Rick Lazar, tenía treinta y cinco años, mucha experiencia y cuatro años de residencia en Everett. Se ganaba bien la vida, sin trabajo aparente.

Repentinamente inquieto, preguntó Pardo:

—¿Qué le pasa a Floro?

Lazar puso cara de pesadumbre. Llegaba el Metro y la gente empezaba a apiñarse.

—Hay que llevarlo al hospital. Un chicarrón como él, metido en trabajo rudo, y poco de acá...

Lazar juntó los dedos llevándoselos a la boca, añadiendo:

—Gazuza, trabajado duro y vivir en Crakle, lo han anemiado. Es muy traidora la anemia.

—Pero un chicarrón como Floro, hombre. ¿Y es grave?

—Creo que allá le cuidarán bien. ¿No lo sabías, eh?

—Le vi no hace ni tres días, cuando él salía del Boxing. El pobre busca combate, pero sin manager es casi imposible.

—Bueno, me voy a recogerle. ¿Quieres que le dé algún encargo?

El vagón ya repleto de nuevo, cerraba sus puertas. Se fue. Pardo titubeó al preguntar:

—Somos de nuevo amigos, ¿no, Ricardo?

Rick Lazar rio afectuoso, dándole una palmada en el hombro.

—Natural, paisano. Ya no vamos a pelear más ni quiero discutir contigo, porque, bien mirado, tienes razón. No ibas a estar pagando

cuota toda la vida, y más con lo difícil que es ganar plata por Washington. Pero un chico con tu voluntad, llegará.

—¡Gracias, hombre! —dijo, reconocido, Pardo. Acompasó su zancada ligera al paso aplomado del rechoncho Lazar, que subía ya las escaleras. Al salir a la acera, volvió a preguntar Pardo:

—¿Es grave lo de Floro?

Hizo Lazar una seña y desde la plazoleta de aparcamiento se aproximó un «Pontiac» azul. Conducía un desconocido para Pardo.

Atrás parecía dormitar otro desconocido, grueso, con sotabarba, que desbordaba sobre el cuello flojo de una camisa a cuadros.

—Este es mi amigo Rudy. El del volante es el señor Somers. Y el de atrás, el señor Purdom. El médico y el abogado del seguro de Floro.

Al sentarse junto al volante, casi empujado por Lazar, dijo Pardo:

—También es mala suerte la de Floro, hombre.

El del volante, Somers, de perfil agudo, labios delgados, asintió solemnemente. Atrás, el grueso Purdom, dijo sentencioso:

—Todo se arreglará, todo se arreglará.

Rio Lazar dándole un codazo a Pardo:

—Lo esencial es tener buenos conocimientos, Rudy. ¿Cómo sigue su esposa, señor Purdom?

Mientras el «Pontiac» abandonaba el centro, hacia el suburbio donde residía Floro Galvan, oyó Pardo complacido la honesta conversación del llamado Purdom que aludía a los nervios de su esposa.

También rio cuando el grueso a su espalda, hizo comentarios sobre la maldición que son las suegras.

En la carretera hacia el descampado donde se amontonaban las chozas construidas con latas, bidones, madera de cajones y taponadas con trapos, Somers aminorando la marcha del auto, dijo:

—Por aquí mismo.

Asintió Lazar, repentinamente serio.

Somers frenó en seco, con tanta brusquedad, que Rudy Pardo cabeceó hacia adelante.

Cuando por el mismo retroceso del impulso, volvía al respaldo, sintió sus codos aferrados entre las manazas de Purdom.

Las ideas acudían siempre algo retrasadas a la mente de Rudy

Pardo, aunque Floro Galvan lo considerase muy inteligente. Pero la falsedad era incomprensible para Pardo.

—¿Por qué nos hemos parado aquí? —quiso saber.

Apagando los faros, bajaba Somers.

—Vas a saberlo ahora mismo, mi gran amigo Rudy. Ahora verás lo que les pasa a los tunantes como tú. Me hiciste quedar mal con mis jefes al no querer pagar la cuota.

Pardo, que escuchaba con avidez, sintió libres sus codos. Y al mismo tiempo, desde atrás, Purdom abatió la culata sobre su cráneo.

Le daban una sacudida y a la vez un empujón.

Vacilante, nublada la vista, Rudy Pardo abandonó el coche, yendo a chocar de pecho contra la alambrada protectora a un lado de la carretera secundaria.

Somers tenía una voz rasposa, metálica:

—Lárgale ya el plomo, Rick.

Y Lazar contestaba:

—Un momento, un momento, Somers. Este mozo lindo ha de saber bien a las claras que conmigo no se juega. Y no veo por qué hay que hacer ruido, ya que este mozo lindo no se da ni cuenta...

Tambaleándose, Pardo consiguió mantenerse en pie, acodándose a la alambrada.

El líquido tibio que le mojaba la nuca debía ser la sangre de la brecha abierta por el culatazo de Purdom.

Veía ante él a Lazar, apuntándole con una automática. Sonreía con maligno refocilamiento.

—Hacía ya rato que te acechaba, Rudy. Te seguí hasta la taquilla del Metro. Y luego, bastó con hablarte de tu gran amigo Floro para que te pusieras todo preocupado...

Intervino la voz ronca y pastosa del grueso Purdom:

—Venga ya, Rick. Lárgale plomo. Pueden venir los patrulla.

Esgrimía la automática en cuya culata brillaba una mancha de color rojizo.

Entreabiertas las dos manos a la altura del pecho, Rudy Pardo creía aún imposible que fueran a matarle, así tan fríamente, como verdugos.

Miraba a Somers que encajaba la diestra armada en el cruce de las solapas.

Después vio cómo Lazar se había convertido repentinamente en un enorme índice doblado junto a un negro gatillo.

El cañón de la automática empuñada por Rick Lazar fue subiendo hasta enfocarlo.

Iba a disparar. Iba a disparar.

Rudy Pardo se disparó.

Empleando la flexible alambrada como una catapulta. Al igual que hacía Floro Galvan, Kid Galvan, de espaldas a las cuerdas, tensándolas.

Accionó, poseído de furor y pánico. Empujando primero el antebrazo de Lazar hacia un lado.

Oyó el estampido del disparo.

Creyó que si el gordo Purdom se tambaleaba era debido al manotazo que, involuntariamente y a la fuerza, le acababa de propinar Lazar.

Solo tenía una idea bien clara: salir escapado del cerco de aquellas tres pistolas.

Su zambullida cogió a Somers medio de espaldas, porque se dirigía ya al coche, creyendo sin duda que el disparo salido de la pistola de Lazar, había ya terminado con él.

Somers se revolvió cuando ya Pardo, con todas sus fuerzas, le asestaba un doble manotazo asiéndose entre ellas las palmas.

Somers encajó en la nuca, pero durante unos segundos sirvió de inconsciente parapeto a Pardo, que atravesaba la carretera, corriendo velozmente.

Rick Lazar disparó, esta vez a conciencia, contra el que huía.

En el suelo, Purdom yacía sin aliento, como un globo deshinchado, convirtiéndose su gordura en flaccidez.

Pardo oyó el segundo disparo zumbear muy cerca, pero corría ya por entre las sombras de los maizales.

Y también zumbaba la sirena del coche patrulla, embalado hacia el lugar cuya orientación era un coche parado y el estampido en eco de dos disparos espaciados.

Rick Lazar, lívido, crispó la zurda en torno al codo de Somers:

—Él no hablará porque no le conviene, Somers. Ya lo cogeré, y esta vez, palabra que no fallo. Ahora, pongámonos de acuerdo. Vimos el cuerpo de un hombre atravesado en la carretera y...

Iba asintiendo Somers, mirando fascinado en el suelo la gruesa

silueta del muerto.

Se acariciaba la nuca dolorida, y Rick Lazar sentóse contra la alambrada que había servido de proyector a Pardo.

Tenían licencia de porte y uso de armas. Y eran tres empleados de una agencia de Fletes del muelle antillano de Everett.

El coche patrulla frenó, iluminando con su foco la escena.

Dos hombres, contusos y aún alelados, que miraban el cuerpo sin vida de su compañero.

CAPÍTULO II

El problema de la vivienda afectaba mucho a la zona superpoblada del litoral del Puget Sound, la inmensa bahía del estado de Washington, donde el Pacífico, remansándose, da origen a la actividad portuaria de las cuatro principales ciudades del estado: Everett, Seattle, Tacoma y la capital, Olympia.

En Everett, la ciudad más al norte del Puget Sound, una gran zona llamada Crakle Land, primitivamente destinada a los desescombros, fue la sede de traperos, en su mayoría de origen oriental.

Se edificaron sus depósitos y cabañas. La guerra les obligó a abandonar Crakle Land, y otros emigrantes, con sus documentaciones en regla, fueron alojados allí, en espera de mejor porvenir.

Eran ahora centroeuropeos los que se dedicaban a recoger y clasificar desechos y escombros. Para que un nuevo inquilino pudiera fijar allí su residencia en un espacio cerrado de cuatro por cuatro metros, bastaba que tuviera su documentación en regla.

Para soportar allí una temporada larga, hacía falta un temperamento especial, si no se trabajaba en la principal industria de recogida regentada por los polacos.

Exactamente el temperamento que poseía Floro Galvan. Una fuerza reposada y tranquila. Setenta y seis kilos musculosos en corta talla, y una filosofía basada en una sola máxima: «Cuando tengo razón, tengo razón».

En su aldea natal mexicana de la Baja California, oyó decir Galvan que en los estados al norte de la línea de Aguas Calientes, se podía encontrar la gran oportunidad. Solo deseaba una.

Que le dejaran encerrado con un árbitro a la vista, entre cuatro cuerdas, y teniendo delante al más pintado de los pesos medios.

Seguía esperando aquella oportunidad. De momento, descargaba las calas de los mercantes anclados en el muelle antillano de Everett.

Y hacía lo mismo que Rudy Pardo. Procuraba ahorrar de un sueldo escaso, porque los emigrantes afiliados a los grupos sindicales, tenían que esperar un año antes de ser igualados a los

demás en cobro. En trabajo, tenían que superar a los demás.

De siete a ocho, el descargador Galvan efectuaba su entrenamiento en el patio trasero de su cabaña. Salto a la cuerda, boxeo con su sombra, gimnasia abdominal y un poco de footing.

Le sobraba sitio por donde corretear entre los vaivenes y baches del terreno de Villa Lata.

A las ocho en punto, llegaba el momento principal. La cena. Patatas, harina y pan, en compacta masa.

Floro Galvan, de negros ojos saltones, protegidos por cejas y pómulos muy salientes, había alquilado por dos dólares mensuales, pagaderos anticipadamente al clan polaco, cuatro tabiques de diversos materiales en que predominaba la chapa, y un techo de uralita.

Cuando no llovía, cocinaba en el exterior.

Estaba removiendo con el largo cucharón de madera la mezcolanza de harina, patatas y pan reseco, soplando de vez en cuando contra los maderos colocados bajo la olla, cuando llegó Rudy Pardo.

Se habían conocido en la galería del Boxing, vecinos de asiento, y los comentarios de Pardo maravillaron a Galvan. Todo un técnico del pugilismo aquel muchacho esbelto, de rostro pensativo.

Además de ser ambos *mexicali* (mexicanos nacidos en la península de Baja California), les unía la misma ambición: abandonar Villa Lata el uno, y dejar de repartir paquetes el otro, que tenía por alojamiento un cuartucho que compartía con el triciclo, sobre el almacén donde estaba empleado.

Probando el grado de blandura de una patata, comentó Galvan:

—Si has cenado, mejor, pero si no, a fajarse con lo que haya, Rudy.

En la abertura de la fachada posterior, una linterna daba escasa luz. Rudy Pardo se sentó contra la base de latas, diciendo:

—Estoy en un apuro de los graves, Kid.

Galvan soltó la olla de su asidero, señalando con el cucharón los dos sacos cosidos que oficiaban de puerta sobre el patio.

—Vamos dentro y te explicas, Rudy. Si es cuestión de plata, ya sabes que en el Banco Central tengo cuarenta y tres con cincuenta.

En el interior, volvió Galvan a colgar la olla de la barra que, además de sostener entre sí dos tabiques, se apuntalaba con dos

raíles empotrados en tierra.

Era la percha. No soportaba ropa, porque al igual que Pardo, la que poseía Galvan, la llevaba puesta.

Dos cajones eran mesa y silla. Con otros, hizo la cama. No había sitio para más mobiliario. Rudy ocupó el cajón que habitualmente servía de mesa a su amigo.

Galvan tocó un repique con la empuñadura del cucharón y reiteró:

—Ya sabes que el Banco Central me está guardando la plata.

—No es cuestión de dinero, hombre. Estoy en un apuro de los graves de verdad. Come primero y luego te explicaré.

Lo agradeció Galvan. Era otro detalle que demostraba que aquel muchacho era inteligente. Cada cosa a su tiempo. Ahora, a comer tranquilo...

Soltó Galvan el cucharón y lanzó su exclamación favorita:

—¡Relajo!

Rudy Pardo, inclinado hacia adelante, apoyaba los codos en sus rodillas y el mentón en sus puños.

Mirándole de cerca el negro cabello, Galvan tuvo por unos instantes cierto parecido con un simio buscando insectos.

—¡Relajo! Tienes un corte de alivio, Rudy.

—Ya no sangra. Le eché agua y froté con hierba.

De entre arpilleras-mantas, sacó Galvan su única propiedad. El maletín del que estaba orgulloso. Piel de cabra, con fuelle dilatado.

Contenía un calzón verde de brillante seda, con un bordado: «Kid Galvan». Contenía también una toalla intacta, zapatillas, tobilleras, calcetines de lana, vendajes, el caucho bucal, y el envoltorio botiquín.

Coloidal para las grietas, barra, de mercromina, y esparadrapo.

—Hay que cuidarse el cráneo, Rudy, cuando dentro se tiene cerebro. Y este es tu caso. Vaya brecha... Te vi llegar todo blanco de cara, y me dije que estabas sin comer.

—Pica horrores eso —protestó Pardo, crispando el semblante.

Galvan siguió frotando con la barra desinfectante los bordes de la herida. Rasgó esparadrapo, y comentó satisfecho:

—Tienes el cráneo duro, Rudy. ¿Qué te pasó? A lo mejor, peleaste por alguna odalisca. Te hace falta ejercicio y muchas

duchas. Así no queda tiempo para pensar en odaliscas. ¡Anda, león! No pongas hocico de enojo. Si te pica la brecha, es que se cura. Mientras ceno, dime lo que quieras.

Su amistad se basaba en que se compenetraban sin preguntarse por su pasado ni lo que consideraban secretos de «cada quisque, macho».

Palpándose el apósito, miró Pardo complacido al que devoraba su eterno potaje: patatas para calorías, harina para las vitaminas, pan para «darle el engaño a la solitaria hambrona».

Aquel chicarrón sí que era todo un hombre y no un traidor indecente como Rick Lazar, el «cobrador» de cuotas.

—Fui al cine, que echaban una buena. Un chico gandul que se ponía a trabajar porque la hija del ranchero estaba superior. Salí del cine...

—¿Se casaron al final, sí o no?

—Hombre, pues claro. Ahora que el chico tuvo que sacudir cada piña y castañazo, que no te digo... Había un enjambre de tipos empeñados en amargarle el aguardiente al chico. Salí del cine y estando esperando el Metro se me acerca Rick, que dijo hace tiempo que te buscaría un combate. Yo, últimamente, estaba de malas con él, por cierto asunto que luego te aclaro. Me dijo que tú estabas a punto de ser llevado al hospital.

Masticó Galvan con celeridad para protestar:

—¿A mí al hospital? ¿De qué, hombre? Este Lazar es un embustero trolero. No te fíes más de él.

—Me dijo que en un coche iban a recogerte, é!, un médico y un abogado del Seguro.

—Otra trola embustera, relajo.

—Me di cuenta en el coche cuando frenó el Somers que conducía, y casi me doy de cabeza con el parabrisas. Y entonces el que estaba atrás me cogió de los codos. Un tal Purdom. El muy puerco traidor me dio en la cabeza con la culata de su pistola, y Lazar me enseñaba otra pistola. El del volante, bajó palpándose el sobaco. Otra pistola.

Galvan, rebañando el fondo de la olla, emitió ruidos que al poco fue traduciendo:

—Oye, Rudy. Hemos quedado que siempre que nos hablemos entre los dos y a solas, siempre en plata clara. Tres pistolas, un

coche... Pero si tú estás de pobretón como yo. Anteayer me dijiste que en tu banco guardas veinte dólares. Los atracadores, por burros que sean, siempre estudian el negocio antes de meterle mano a uno.

—¿Y eso que llevo en la coronilla? ¿No es un culatazo, hombre? Me sacaron del coche, dando tumbos. Y entonces, estando contra la alambrada, les vi bien las caras a los tres. Solo he visto caras iguales a los tipos que en el vine van a matar.

—Vas demasiado al cine, Rudy.

—Purdom y Somers le achuchaban a Rick para que me alojase plomo, y cuando Rick tenía ya el dedo a punto de apretar el gatillo, empleé el balanceo de contra. La alambrada me proyectó, le aparté la mano a Rick, le pegué a Somers el golpe del conejo, y riéte de una liebre comparada conmigo. Me dispararon otro plomo, pero ya estaba yo gambeteando. Y la sirena del coche patrulla se les echó encima a los tres.

Galvan bebió un sorbo de aguardiente seco «rebajado». Hizo buches para cuidar de la dentadura, en previsión de las caries.

Al prolongarse el silencio, añadió Pardo:

—Estamos escamados porque toda la gente en torno nuestro, solo piensa en engañarle a uno. Pero si yo te cogí amistad, no iba ahora a venirme con embustes.

—Yo me fío de lleno, pero no comprendo por qué quisieron zumbarte.

—¿Me dejas que me tumbe aquí, Kid? A las diez sale el Saturday Echo, llevando los programas de carreras y espectáculos. También los últimos sucesos. Cómpramelo y ya leerás.

—Pero, oye, ¿y la policía, qué?

—Nada. Ni a ellos ni a mí nos conviene hablar. Te contaré luego el porqué. El culatazo me ha dejado algo flojo.

Galvan tendió el frasco de aguardiente aguado. Bebió Pardo un sorbo.

—Túmbate en mi catre, león. A las diez y cinco te despierto con el Eco del Sábado.

Yendo a la ciudad, Floro Galvan pensó que Rudy era un gran compañero, porque con él se podía estar horas enteras compartiendo un poco de aguardiente y un total silencio.

Pero era un chico inteligente y tenía eso que podía ser a la vez una fortuna y una desgracia: imaginación. Se pasaba horas

pensando en muchas cosas, y eso, a la larga, tenía que ser perjudicial para la salud.

Debió hacerse la brecha cayéndose y luego, todavía no recuperado, mezcló cosas vistas en el cine.

Pero al comprar el Saturday Echo y ojear la última plana dedicada a la crónica de sucesos, Floro Galvan respingó.

Allí estaba retratado un coche, y dos hombres. Uno, reclinado contra el guardabarros. Otro, contra una alambrada, sentado. Este era Rick Lazar.

Los focos del coche patrullero, iluminaban en el suelo un cuerpo sobrado de grasas. El epígrafe decía que era el cadáver de un tal Lewis Purdom.

CAPÍTULO III

Sentándose de lado, Rudy Pardo se frotó los ojos algo hinchados a consecuencia del culatazo en la nuca.

Frente a él, Floro Galvan siguió golpeando en su palma con el periódico enrollado, y dijo:

—Vaya follón en que estás metido. Por lo que me has contado, resulta un gran embustero Lazar y también el Somers que le acompaña. Aquí está la foto del coche, un «Pontiac». Y aquí están retratados los tres.

—Vete leyendo, Kid.

Galvan fue pronunciando con esmerada lentitud:

«La cuarta víctima del Atracador Solitario.

»A la izquierda, Russ Somers, propietario del “Pontiac”. A la derecha, Rick Lazar. En el suelo, Lewis Purdom, muerto de un balazo en el corazón.»

Pardo arrebató el periódico de manos de su amigo.

Leyó con avidez. Según declaraban los dos supervivientes del frustrado atraco, se dirigían a Seattle y tomaron por la carretera de Crakle para acortar caminó.

Vieron un cuerpo humano atravesado en la carretera y creyendo que era un accidentado, bajaron para prestarle socorro. El primero en llegar junto al que creían un atropellado, fue Lewis Purdom.

El desconocido se puso en pie encañonándolos con un arma, y exigiendo arrojasen al suelo cuanto llevaban encima.

Obedecieron Somers y Lazar, pero Purdom se abalanzó intentando desarmar al atracador solitario que le disparó a quemarropa.

Lazar, provisto de arma con licencia en su carácter de cobrador de la compañía naviera antillana, efectuó un disparo contra el desconocido que llevaba el rostro cubierto por un pañuelo.

Y que huyó al oír la sirena del coche patrulla alertado en su ronda por el primer disparo.

Esta era la versión del gacetillero a tenor de las declaraciones de los dos amigos de Lewis Purdom.

Recordaba a los lectores que era ya la tercera aparición del atracador solitario, que en sus anteriores fechorías había empleado

el mismo sistema de tenderse en la carretera.

Debía ser un vesánico porque en su penúltima aparición había matado a tres de los ocupantes de un autocar de línea.

Galvan tendió el frasco de aguardiente sin agua ni miel. El de las grandes ocasiones. Estrujando el periódico, dijo Pardo:

—Cuando le aparté la mano a Rick, oí el disparo. Tuvo que ser el que mató a Purdom, y como no les interesa contar la verdad, se han inventado lo del atracador. Debería ir a la policía, Kid, pero entonces me echaban de Washington y, además, me metían en la cárcel por una temporada.

—Piensa con pupila en lo que más te conviene, Rudy.

Levantándose, Pardo empezó a pasear los cuatro metros de espacio. Luego se aproximó a los dos sacos cosidos, apartándolos y saliendo al exterior.

La noche era tibia, sin luna, y tachonado el cielo de estrellas. Blanqueaban en el ondulado terreno de Villa Lata las zanjás y montículos de los diversos hacinamientos de materiales amontonados para la tría y selección.

Sentándose a su lado, masculló Galvan:

—Si te alivia, cuéntame. Yo estoy contigo.

—Pues como nunca hemos platicado sobre el por qué vinimos desde la Península, comenzaré desde el principio para que lo entiendas bien. Estaba yo de limpiabotas en Ensenada y me amargaba el aguardiente eso de arrodillarme a sacarles lustre a los demás. Un día leí que en La Bomba unos cosecheros yanquis pagaban cincuenta dólares por mes, con comida y alojamiento gratis. Fui a ver y era una destilería. Se trabajaba de firme, pero yo estaba dispuesto a apencar con lo que fuese. Y en eso se presentó Ricardo Lázaro. Hecho un señorón tras un par de años de viaje. Era amigo del gerente de la destilería...

Se interrumpió Pardo. Al igual que Galvan miraba hacia dos siluetas que, precediéndose a instantes por el breve centelleo de una linterna, distaban unos cuarenta pasos.

Procedían del ramal de carretera, y poco antes se había oído el ronquido del motor de un coche.

Pardo dio un codazo a su amigo y con la barbilla le señaló el chamizo. Después se tocó el pecho con el pulgar, y arqueando la mano, hizo la indicación del que espera.

Cabeceó Galvan, asintiendo.

Las dos siluetas iban avanzando por la zanja, distante veinte pasos, cuando en la oscuridad se deslizó Pardo al interior de la cabaña.

Había reconocido al rechoncho Rick y al larguirucho Somers.

Galvan permaneció sentado, dobladas las piernas, cruzados los tobillos. En aquella postura, efectuaba los ejercicios de fortalecimiento de tendones, en rápida distensión.

Somers se detuvo a cuatro pasos, hundidas las manos en los bolsillos de la americana.

Rick Lazar proyectó la linterna y, apagándola, dijo:

—Hola, Galvan. ¿Qué haces despierto a estas horas?

—Pues ya lo ves. Tomando el fresco. No es lunes hoy para que vengas a por la cuota.

—Se me ocurrió pensar que a lo mejor habías visto a Rudy.

Poniéndose en pie, dijo Galvan:

—Ya que estás aquí, voy a mi banco particular a por la cuota.

Con la zurda hizo Lazar una seña, invitando a adelantarse a su acompañante.

Somers avanzó, mientras apartando el saco entraba Galvan seguido por Lazar, que decía:

—Rudy no ha ido por su domicilio. Se me ocurrió pensar que a lo mejor vendría a verte.

Con los pulgares entre el cinto y la camisa, miraba Galvan poco amistosamente al sonriente mexicano nacionalizado yanqui.

—Ya me olía yo que eras un *gangster* de pacotilla, pero no creía que fueses tan flojo como para buscarte dos segundos para apiolar a Rudy.

Sin haberse puesto de acuerdo, sincronizaron los dos amigos como si la acusación directa del boxeador fuese la señal.

Lazar quiso sacar una mano, pero eran más rápidos los reflejos de Galvan que movió a la vez los dos puños en gancho y directo.

Ondulaban los dos sacos cosidos.

Somers, que esperaba por si tenía que intervenir, no vio llegar al que contorneando la choza se abalanzó esgrimiendo por arma uno de los mazos de gimnasia contruïdos por Galvan para darse soltura a los dorsales.

El mazo chocó de lleno contra la parte superior del cráneo de

Somers. Repitió Pardo con mayor fuerza, golpeando la nuca.

Somers no cayó de bruces porque contra él chocó el cuerpo proyectado de Lazar.

Galvan salió también del interior a tiempo de aplicar otro uno-dos.

Pardo miró pensativo los dos cuerpos desmadrados en el suelo, y murmuró:

—Entonces, ¿también tú pagabas cuota, Kid?

Inclinado, volvió Galvan a enderezarse. Se colocó entre cinto y camisa la automática de Somers. Tendió la de Lazar.

—De momento, es mejor tenerles sin artillería para cuando se recuperen.

—Forman parte de una banda, Kid. Y me revienta haberte mezclado en eso, porque ahora yo tendré que salir escapado de Everett. De todos modos, no me iba a hacer millonario empujando paquetes.

—Se puede probar suerte en otra ciudad, león. Plantaste cara como un jabato.

—Te fajaste bien, pero esos tipos no están solos, y si te quedas aquí, volverán con otros a por más leña.

Pardo reía suavemente. Por instantes tenía una expresión de veras salvaje, pensó Galvan.

—Me llevaron en coche hace horas. Van a llevarme ahora a Seattle. Voy a darles un remojón.

Galvan entró en la choza, recogiendo su maletín, y enrollando en su manta la olla y el cucharón.

Pardo hundió un cubo en el barril lleno de agua y lo volcó sobre el ensangrentado rostro de Lazar.

Rellenó otro cubo y al irlo a vaciar sobre Somers, empujó primero con el pie por el pecho a Lazar, que se estaba incorporando medio inconsciente:

—Quieto, tú, hasta que no te dé la señal de marcha.

Restalló el agua contra la cara de Somers.

—Necesita algo más recio —opinó Galvan, saliendo—. Dale a oler este vinagrillo.

Colocó Pardo el bote boca abajo sobre la nariz de Somers, y enderezándose, comentó:

—Valiente par de abusones. Venían a ver si podían rematarme.

Lazar se puso en pie dificultosamente. Se tambaleaba y con la manga se restañó la sangre que manaba de su boca.

—Cúrales, Kid. Tienen que estar presentables y despiertos.

Floro Galvan sacó del maletín la barra de coloidal. Asió con la zurda por los cabellos a Lazar, advirtiéndole:

—Por tu culpa, Rudy y yo tenemos que largarnos lejos. No te pongas tonto ahora, ¿te enteras?

Somers sacudió la cabeza gimiendo, llevándose las manos a los ojos que le escocían. Oyó el consejo de Pardo:

—Remoja el hocico en el barril, y después mi amigo te curará. Os tratamos mejor de lo que os merecéis.

Cogió por el cuello de la americana al que se ponía en pie, contraído el rostro, cerrados los ojos.

Le empujó hacia el barril, y apenas el agua tocó su rostro, Somers empezó a frotarse afanosamente.

Pardo empuñaba por vez primera una automática. Colocó el índice tendido al exterior del portagatillos, y decretó:

—No los chamusco porque no mato gusanos salvo que se pongan pesados, pero me han encendido el coraje esos dos cobardones criminales. Cúrale a Somers, Kid. Tiene dos brechas en la testuz. Ven acá, mi querido amigo Rick. Ven acá, hombre.

Rick Lazar ya no sabía sonreír. Miraba el cañón de la «Smith» que a modo de índice le llamaba. Destacaban en la oscuridad los rostros, las manos y el destello del acero.

También fulgían los negros ojos pensativos de Pardo, que comentó al detenerse Lazar a dos pasos frente a él:

—Te cargaste a Purdom y les metiste un cuento a la policía. Siempre con tus embustes y tu fatal sonrisa. Debería romperte los dientes, pero no soy de los que abusan de las ventajas. Nos vamos a ir Floro y yo a Seattle, y no diremos nada, porque tampoco diréis vosotros ni media. Parece que te has tragado la lengua, Rick.

Lazar miró de reojo al que, empujado por Galvan, se detuvo a su lado. Somers habló incisivamente:

—Estos dos eran, según dijiste, dos ingenuos. Prefiero tratar con ellos a hacerte caso a ti, imbécil. Vamos a ver si nos entendemos, muchachos. Creo que hablando podemos entendernos, ¿no?

Sus dos últimas frases trataban de ser cordiales.

Riendo silenciosamente, apuntó Pardo con la automática hacia

la carretera, distante cincuenta pasos.

—Seguid la dirección de la flecha, muchachos. Andando a buen paso y ojo con pensar que somos demasiado ingenuos. Lo que somos es gente de paz, pero con los abusones, aplicamos la ley del coraje. Seguid la dirección de la flecha.

Echó a andar Somers y le siguió Lazar, a cuyo lado Pardo manifestó:

—Le estaba yo contando a Floro cómo se originó lo de la cuota. ¿A cuántos desgraciados infelices estarás tú cobrando el timo indecente? La verdad es que debería dejarte tieso ahora mismo, Rick. Vete tomando nota. Nos vamos a Seattle, y si quieres vivir tranquilo, quédate siempre en Everett y no hagas por verme. A la tercera, irá la vencida.

De vez en cuando, Somers hacía destellar su linterna. Atrás, cerrando la marcha, transportaba Galvan su maletín y el hato de la manta.

Se detuvo Somers al llegar junto al «Pontiac» arrimado a la cuneta.

Indicó Pardo:

—Sube, Kid. Atrás como los señorones. Te cuidas de que no se ponga tonto Rick. Anda, Rick, instálate al lado de mi amigo. ¿Ves? Kid sí que es un amigo. Y con él, llegaré lejos. Vamos a formar pareja en Seattle. Al volante, señor Somers. ¡Maldita sea su estampa! Les llaman «señores» a estos dos granujas cobardes porque se han camuflado con un empleo decente. ¡Venga, recto y aprisa a Seattle, tú!

Russ Somers al volante puso el coche en marcha.

Amonestó Pardo al sentarse:

—Ojito ahora porque al primero que se me ponga bravo, lo dejo trufado de plomo como a un faisán podrido.

CAPÍTULO IV

Ladeado, Pardo adelantaba el bolsillo vertical de su cazadora de cuero, apuntando ostensiblemente al conductor.

Atrás, Rick Lazar sentado en una esquina, parecía deseoso de no tener ni el menor roce con Floro Galvan.

Arrellanado, comentó Galvan:

—Algún día nos compraremos un coche más grande, Rudy. Por ejemplo, un «Cadillac» gris perla.

El «Pontiac» penetró en la general hacia Seattle. Una autopista amplísima.

Dijo Somers:

—Yo sé perder, muchachos. O sea, que podemos hacer un trato.

—Tú a callar, y atento a las cuatro ruedas. ¿Oíste, Kid? Dice que sabe perder el muy embustero. Es como en las películas. Cuando están sin sus herramientas, se ponen de un manso que da asco. Pero esperando la ocasión de poder jugarte la mala pasada.

—Y que lo digas —sonrió Galvan, beatíficamente.

Aquella aventura truncaba la monotonía de su existencia. Él había nacido para ser manejado por alguien inteligente, como su amigo Rudy, que estaba llevándole en coche a Seattle.

—Pues como te decía, Kid, cuando llegaron a molestar estos dos tunantes, estaba yo trabajando en la destilería y se presentó este fantoche de Rick. Me habló de que se había hecho rico en la ciudad de Washington, y que por aquí a los perros los amarraban con cadena de platino. Pero, claro, añadió que se hacía difícil entrar por las buenas, porque estaba restringido el cupo de inmigración mexicana. El me lo arreglaba. Dándole doscientos dólares me conseguía pasaje en un barco hasta Port Angeles. Yo estaría con los fogoneros.

—Igualito que a mí —dijo Galvan—. Solo que yo estaba cortando leña a hachazos y vino este a decirme que a un fajador como yo con tanta afición al boxeo, se le daría bien por acá. Pero como era un favor que me hacía, debía jurarle que me callaría.

—Lo mismo me hizo jurar, y por esto nada te dije, Kid. Me tiré quince días de fatigas perras paleando carbón, sin una escala para respirar. Después, tal como convinimos, desembarqué al segundo

día de fondeados en Port Angeles. Me dio unos papeles arreglados en forma, con hojilla para poder buscar trabajo. Y durante seis meses, cada sábado debía pagarle diez dólares.

—Lo mismito que yo. Sigue, Rudy.

—Yo pagué como un cristiano pacífico, y a costa muchas veces de llevar la tripa vacía. Y entonces, ya cumplido el plazo, me vuelve al sábado siguiente, sonriendo como un caimán cariñoso. Quería que las cosas siguieran igual. Yo trabajando y él cobrándome diez dólares. Le dije que ni hablar. Se puso amenazador hablando de que podía denunciarme. Le di un achuchón de aviso y le dije que se fuera al cuerno. Se marchó, y si esta noche me pudo atontar, fue porque me dijo que tú estabas a punto de entrar en un hospital.

Rio jubiloso Galvan, porque con un guiño le señalaba su amigo con la zurda la cabeza de Somers y la cara de Lazar.

Se divisaba el brasero de luces del puerto mayor del Puget Sound, la ciudad de Seattle.

Aminorando la velocidad, manifestó Somers:

—Lazar se extralimitó, muchachos. Lo admito. Nos conviene a los cuatro olvidarlo todo. Si te queda alguna cuota pendiente de pago, Floro, olvídala. Y en Seattle, a cambio de olvidarlo todo, os puedo proporcionar algún trabajo bien pagado.

—De ti no queremos ni agua, digo yo. ¿Y tú qué dices, Kid?

—Lo mismo que tú, siempre.

Lazar habló por vez primera:

—Me pasé de rosca y lo admito, muchachos. Hacedle caso a Somers...

Calló, encogiéndose en su esquina, porque Galvan amargaba un revés, mientras Pardo comentaba, ceñudo:

—¡Será granuja, hombre! Hace unas horas me daba el paseo y ahora se pone paternal y consejero. Escuchadme bien los dos. Vais bien librados porque ni Kid ni yo tenemos sangre de asesinos, pero hay algo que os conviene olvidar, pero muy de veras: habernos conocido. No quiero que volváis a encenderme el coraje. Floro y yo somos gente de paz, pero no mansos. Sigue hasta la calle de las fondas baratas para gente de mar, Somers.

Somers viró y bajando por una pronunciada pendiente asfaltada, en cuya cuarta transversal penetró, dijo:

—Esta es la calle adecuada, muchachos. Buenos precios.

—Para delante de aquel letrero que dice: «Shangai Folies».

Fue frenando Somers hasta detener el «Pontiac» ante uno de los numerosos locales nocturnos de la calle Cuarta Sur, del barrio portuario.

Transitaban sin prisas los que iban de local en local. En la acera izquierda se alineaban restaurantes y fondas.

La calle Cuarta Sur de Seattle rebosaba de animación cuando bajó Pardo del «Pontiac». Parecía apoyarse en los dos bolsillos verticales de su cazadora de cuero.

Contorneó Galvan el coche por detrás, colocándose al lado de su amigo.

—Media vuelta, Somers, y si habéis de venir por Seattle, procurad no amargarnos más el aguardiente a Floro y a mí. ¡Venga, dando marcha, cobardicas!

Pisó Somers el embrague y cuando viraba en la primera esquina, dijo:

—Telefonearemos a Harlan. Cuanto antes aparezcan estos dos palomos flotando en el muelle, mejor para ti, imbécil.

En la acera, manifestó Floro Galvan:

—Mucho jaleo en esta calle.

—Demasiado para nosotros, Kid. Vamos a que nos oriente aquel policía.

Llevando el hato al hombro y el maletín colgando del pulgar zurdo, Galvan retuvo por el codo al que se adelantaba:

—Oye, que llevamos pistola, Rudy. Y robada; sin licencia, además.

—Eso lo sabemos nosotros, pero él no, hombre.

El policía informó que la estación de los trenes para el sur de Puget Sound estaba en la plaza al final de la avenida que prolongaba la primera transversal.

Llegando a la avenida, Galvan rompió el silencio.

—Dijiste que íbamos a Seattle.

—Astucia, hombre, astucia. Tanto por ellos como por nosotros, conviene más perdernos de vista. Encontraremos más posibilidades en Tacoma, que es algo mayor que Everett, y menos explotado.

En la estación, la pancarta indicaba salidas, vías y tarifas. Apuntó Pardo una línea, en la que dificultosamente leyó Galvan:

«Mercancías 609 — Ganadero. Vía 12. Salida 1,15 horas.

Destino Tacoma. Enlace Olympia-Aberden-Gray Harbor.»

Señaló después Pardo el gran reloj.

—Tenemos tiempo, Kid. La tarifa para Tacoma son cinco pavos. Nos ahorramos cuatro zambulléndonos entre paja, y dándole uno al vagonero. Voy a charlar con él.

Galvan asintió complacido. Vio un largo convoy de vagones con ganado y pienso. Vio también a Rudy acercarse a un vagón y hablar con un individuo. Poco después regresaba Pardo.

—Andando, Kid. Dejará la puerta entreabierta. Lo cazaremos al paso, cuando rebaja la velocidad en el cruce de todas las vías.

Veinte minutos después, removiendo la paja hasta darle la contextura apropiada, dijo Pardo al tenderse:

—Tengo la corazonada, Kid, de que vamos a triunfar juntos. Ya hemos ganado cuarenta dólares.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Le dije al vagonero que dos tipos huyendo tiraron algo, que recogimos, y eran dos pistolas. Que íbamos a tirarlas. Me ofreció veinte. Dije que prefería tirarlas para evitarle líos. Me ha dado estos cuarenta y dejaremos las dos herramientas entre la paja. Dijo que se daba cuenta de que tú y yo somos chicos sanos.

Bostezó Pardo, mientras Galvan, quitándose los zapatos, preguntó con curiosidad acumulada:

—Oye, ¿qué era aquello que mencionaste de la ley del coraje?

—Llega un momento en que le complican a uno la vida, Floro, y entonces uno se pone a pensar y comprende que para triunfar hay que darle coraje a la cosa. Pero de acuerdo con la conciencia, para poder dormir tranquilo.

—No acabo de captar la onda.

—Por ejemplo... Les hubiéramos podido quitar las carteras a Lazar y a Somers. Eso no hubiera sido un acto de coraje, sino puro robo. Ahora bien, si vuelve a asomarse Lazar pretendiendo matarme, lo mato. ¿Comprendes? Ya no hay que achicarse más. ¿Cuál es tu mayor deseo?

—Un combate con quien sea —dijo Galvan, con fervor casi místico.

—Pues no te lo darán si vas a pedirlo respetuosamente, sin coraje. Apenas desayunemos en Tacoma, deja las cosas por mi cuenta. Yo te obtengo un combate, sala para entrenar y se acabó el

descargar y arrear fardos. En los minutos en que me vi a punto de tumba, pensé mucho. Hay que echarle coraje a la vida, Kid. Bueno, ahora a dormir, hermano.

—A dormir, león. Contigo estoy a gusto. Llegarás donde quieras porque tienes lo que me falta. Inteligencia.

Mientras Galvan roncaba, Pardo, cruzadas las manos tras la nuca, iba planeando, partiendo de un punto de arranque infalible: los que iban bien vestidos podían entrar en todas partes.

CAPÍTULO V

Olía a linimento, resina y sudores humanos. Una veintena de individuos agitaban en diversos ejercicios musculares.

Pegando al saco, saltando a la cuerda, y otros efectuando movimientos respiratorios, iban aprendiendo la técnica, oyendo al que en el ring daba en voz alta consejos a los dos que hacían guantes, protegiéndose con el casco orejera.

De acuerdo con la avanzada primavera, Rudy Pardo estrenaba un traje gris claro, camisa burdeos sin corbata, zapatos de trencilla negros, y un sombrero panamá ligeramente echado hacia atrás.

Mentalmente documentado en la película *Ídolos del ring*, imitaba el estilo del actor que representaba al manager de un campeón.

Solo él y Galvan sabían que este no había combatido ni una sola vez en una velada profesional.

Se aproximó al borde del cuadrilátero, y ladeado el rostro, frunció los labios en mueca desaprobadora, denegando.

Cuando el entrenador consejero señaló los dos rincones interponiéndose entre los dos púgiles, Pardo apuntó con el pulgar hacia un lado de la sala de entrenamiento:

—¿Quién le avisa al patrón que estoy aquí?

El entrenador se apoyó en las cuerdas. Tenía el rostro achatado de púgil. Se rascó la calva, antes de escupir a un lado.

—Yo soy el patrón. Por lo menos, el que contrata los combates.

Ahora venía lo de la caña de azúcar, mitad caña, mitad azúcar. Se había documentado antes de venir.

El Tacoma Prize era regentado en la parte técnica por Tom Villar, un canadiense que quince años antes había sido campeón de los ligeros en el estado de Washington.

—Bien, bien. ¿Conque usted es el que tumbó en el octavo a Lorry Wallace, en Toronto?

—El mismo, pero por entonces usted estaría haciendo palotes en la escuela.

—Aprendí a leer yo solo, con una lectura única. Todos los papeles de boxeo. Me llamo Rudy Pardo, y tengo en el bolsillo un contrato en blanco, por si llegamos a un acuerdo.

Tom Villar demostró que conservaba restos de su antigua

condición de ligero al saltar del cuadrilátero.

Cogió el habano que le tendía Pardo.

«Gastos de representación —le explicó a Galvan—. Pagan las dos pistolas. No se convence a nadie fumando colillas.»

—Cuídate de la sala, Jim —ordenó Villar, dirigiéndose hacia una puerta al fondo en la que se leía: «Dirección».

Las paredes del despacho estaban cubiertas de fotos de celebridades desde Sullivan hasta Cassius Clay. El mobiliario era elemental y cómodo.

En su sillón giratorio, escrutó Villar el semblante del que sentado en una esquina de la mesa, manifestó:

—En California tenía sala que abandoné al descubrir a un diamante en bruto. Me he dedicado de pleno a Kid Fajador, como le llamaban allí. Tuve una discusión con la Boarding Mexicali, y me traje al Kid por esta comarca. Podíamos debutar en la capital, pero prefiero administrarme.

—¿Papeles en regla?

—Este mismo mediodía inscritos en la Boarding.

—¿Peso de tu fenómeno?

—Damos tres kilos de ventaja a cualquier peso medio, Tom. Y no queremos porcentaje, sino bolsa al vencedor. Tu velada popular del jueves se pondrá al rojo vivo, anunciando a Kid Fajador, setenta y seis kilos. Nada de ciencia. Como su apodo. Fajándose de campana a campana. Lo han de matar para que se caiga.

—Tráelo para que le eche yo un vistazo.

—Tenemos sala propia de entrenamiento. Los jardines del Astoria. Y servicio de Prensa. No queremos ningún paquete sonado, Tom. Bolsa al vencedor. El treinta por cien para ti en el primer combate, el quince al segundo. Al tercero, si la bolsa no llega a los dos mil pavos, iremos a otra sala.

Tom Villar se barrenó un oído con el meñique, levantándose. Dijo:

—He conocido a bastantes como tú. Mucha labia y luego se traían a un mico escaldado.

—Yo me traigo a un orangután tierno en años, Tom. Si te interesa, llama al Astoria, habitación quince. Hasta mañana martes, a las siete, te doy la preferencia.

—Podría probarle con Gene Ozark.

—Mi Kid tiene un administrador de primera que soy yo. Por eso no queremos veteranos marrulleros, Tom.

—Según veo, te conoce el personal.

—Leer instruye. Me he pasado el domingo tomando notas de toda la Prensa hablando de tu sala y tus pupilos. Solo hay tres medios que nos interesan. Si me llamas, dime cuál de esos tres para el jueves, y te diré si aceptamos.

Tom Villar emitió una risita avinagrada:

—Con bolsa al vencedor, tal vez acepte Jack Dougal, el manager de Buster Colin. Pero antes querrá echarle un vistazo a tu fenómeno y su historial.

Yendo hacia la puerta, Pardo declaró con aplomo:

—Mi fenómeno se entrena en privado y pega de firme si le ponen por delante a alguien que valga la pena. Si acepta Dougal, nos contentaremos con Buster Colin para ir haciendo boca. Hasta cuando quieras, Tom.

* * *

Floro Galvan no estaba aún familiarizado con el lujoso ambiente del Astoria y sentía algo parecido a mareos pensando en la factura que fatalmente presentarían el sábado.

Iba equipado deportivamente, con zapatos de gruesa suela, pantalón tergal, camisa blanca y sahariana gris.

—Ya está en el saco, Kid —anunció Pardo, tirando el panamá hacia la percha, donde quedó colgado. Un síntoma de buen presagio —. Buster Colin como aperitivo el jueves en la velada popular.

Fue rebuscando entre recortes de Prensa, hasta dar con el que reunía fotos y reportajes de los combates de Buster Colin.

—Ochenta y cuatro y doscientos daba en su último pesaje. Es zurdo, tiene la mandíbula de granito y la caja del pan, de hierro. Científico. Se reserva estudiando en los dos primeros asaltos, a la contra.

—Nos van a ver el pelaje. Se darán cuenta que es el primer profesional que me echan.

—Lo que solamente sabemos tú y yo, nadie más lo sabe. Yo le he echado teatro a la cosa, y ahora no vayas a rajarte, hombre. Tienes casi firmados tres combates. Bastará que tumbes a Buster Colin,

hombre.

Floro Galvan se empujó el tabique nasal con el pulgar, exhalando varios resuellos cortos, antes de afirmar:

—Zurdo, científico y que estudia a la contra, ¿eh? Pues como me estudie demasiado, vamos listos.

—No le darás tiempo. Saldrás a fajarte, Kid. Esta es la única táctica. Fajarte en tromba desde la salida, con coraje. Cubriéndote el hígado, así... Fíjate... Directo de izquierda, gancho de derecha, y rápido pegar el codo al hígado. Otra vez el directo. Sencillo, hombre.

Maravillado, dijo Galvan:

—De técnica estás bien, y casi creo que entre cuerdas, lo harías mejor que yo.

—¿Quieres o no quieres que nos sepa dulce el aguardiente? Pues a ello. Vamos al entreno, Kid.

El martes telefoneó Villar. Había aceptado Dougal. La firma para el miércoles antes del pesaje, y bolsa al vencedor.

Al día siguiente por la mañana, Galvan, asombrado, leía en la sección deportiva que iba a presentarse en el Tacoma Prize el Ciclón Mexicali, el Orangután de la pegada escalofriante, de estilo rudo y tosco, que iba a poner en difícil prueba la contundencia científica de Buster Colin.

El miércoles a las siete de la tarde, Buster Colin, elegante y displicente, sonrió al fotógrafo mientras le tendía la diestra a Floro Galvan.

Era el púgil adinerado y con cierta fama, frente al aspirante considerado la víctima segura.

Su desdeñosa sonrisa acentuó por contraste la mueca ceñuda del velludo y macizo Kid Fajador.

Por la noche, tras la cena ligera, aspirando aire desde la terraza del Astoria, dijo Galvan:

—Aceptaron porque saben que me van a tumbar, Rudy. Me pone todo pesaroso eso de pensar que te voy a hacer quedar mal. A la brava y por coraje a puños desnudos no le temería yo al Colin ese, pero él tiene más de veinte combates como profesional.

Pardo rio, animoso:

—Tú le tumbas si en los dos primeros asaltos te fajas con coraje. Lo que importa es esto, hombre. Coraje, y si Buster capea el

temporal, mala suerte, pero nos darán otro combate, si aguantas y pegas con toda tu alma. Ahora a dormir y piensa solamente que yo tengo plena fe en ti.

Permaneció Pardo en la terraza. Confiaba en que si en los dos primeros asaltos, Floro conseguía cazar a Colin, tenía la pegada suficiente para tumbarlo por más de la cuenta.

Se disponía a subir hacia su alcoba, cuando acudió un botones:

—Le llaman al teléfono.

El auricular retransmitía una voz desconocida:

—Le conviene muchísimo entrevistarse conmigo, Pardo. Será una conversación útil, de la que sacaré el máximo provecho. ¿Me oye bien?

—No soy sordo. ¿Quién es usted?

—De momento es preferible la máxima discreción. Le espero en el cruce de la general con la de Port Angeles. Mi coche es un sedán «Ford», y me vera en el aparcamiento junto al poste de gasolina. Estaremos cómodos para hablar.

—Aquí hay unos magníficos butacones. Si quiere venir, venga, y si no, lo deja.

Colgó Pardo, meditativo. ¿Había dado ya Lazar con su paradero? Se instaló tras la cristalera dando a la entrada principal.

Vio llegar un «Ford» sedán, conducido por un individuo de rostro brutal, pero que no era Russ Somers.

El que se apeaba tenía todas las trazas del peso medio, muy castigado.

Lo identificó por su archivo de recortes de Prensa deportiva sobre los púgiles de Tacoma, en la categoría de Floro.

Era Gene Ozark, el veterano marrullero, empleado como muralla y piedra de toque para justipreciar la valía de los debutantes.

Masticaba chicle y parecía un rumiante malhumorado. Su mirada era la recelosa del púgil experto en desconfiar de las apariencias.

Al disponerse a entrar vio a Rudy Pardo tras las cristaleras. Le hizo mi ademán que pretendía ser amistoso, invitante, señalando el lugar donde aparcaba el «Ford» sedán.

Intrigado, Pardo atravesó la calle. Al volante se hallaba un sujeto de recia complexión. Gene Ozark se acodaba de espaldas a la portezuela opuesta al volante.

Tenía una voz muy ronca, debida a la afonía producida por golpes de principiantes, que destinados a la mandíbula le habían atrofiado las cuerdas vocales.

—Le invité a venir al coche para que no nos vieran juntos, Pardo. Hablaremos mejor dando un paseo. Yo soy Gene Ozark.

—Bien, ya que yo soy el pasajero voy atrás, Ozark.

Gene Ozark sentóse junto al volante, mientras atrás se acomodaba Pardo.

—Mi compañero es Bud Regan. Pertenece como yo a la cuadrilla de Jack Dougal y Ed Wilson. Me envían para saber si usted es un hombre listo que quiere forrarse de ganar dinero sin el menor peligro, o es un aventurero tunante. No interesan los tunantes por Tacoma. Si quiere que su Kid sea taquillero, guíese por mis consejos, Pardo. ¿Me oye bien?

Bud Regan conducía impasible, a poca velocidad. Gene Ozark ladeado, tendido su brazo izquierdo sobre el respaldo, hablaba como quien recita una lección bien aprendida.

—Le oigo bien, asimilo, y espero el resto, Ozark.

—Se le dio una oportunidad a Kid Fajador porque el público gusta de ver caras nuevas. Si mañana su Kid demuestra que puede ser taquillero, le conviene a usted asimilar el programa siguiente: pierde por puntos con Colin, y se le ofrecerá un segundo combate contra Hal Compton. ¿Me oye bien?

Bud Regan frenó, aparcando su coche en la rotonda del cruce con la carretera a Port Angeles.

Se volvió y sus ojos ostentaban una fría hostilidad, permanente, impersonal.

—Yo soy el encargado de entenderme con los tunantes, pero usted tiene cara de listo. Ya lo entendió bien. Mañana se le ofrece un honorable resultado ante Colin que no se empleará a fondo. Hubo un manager que, pese a ser bien aconsejado por nosotros, no nos hizo caso y se fue a la Prensa. Lo cogimos cuando iba a entrar en la redacción. No nos hizo caso, y cuando quiso pactar, ya era tarde.

Rudy Pardo se estiró el labio inferior entre el pulgar e índice, como hombre de claras entendederas que medita antes de comprometerse. Dijo por fin:

—Mi Kid no empleará su dinamita. Pero en su segundo combate,

¿qué?

Rio Bud Regan. Así debían reír las hienas, pensó Pardo.

—Si mañana su Kid demuestra que es taquillero, arreglaremos cuatro combates. Y ahora incrustese bien en la cabeza que no hablamos por hablar. No intente nada en contra de nuestros consejos. Después sería tarde para arrepentirse.

—Hay un detalle que falta por concretar. Hemos firmado con bolsa al vencedor.

—Cobraré doscientos dólares seguros y limpios de toda fatiga y riesgo. Dale cien de anticipo, Gene.

Ozark tendió diez billetes, y remachó:

—Puede coger un taxi ahora, Pardo, y recomiéndele a su Kid que la dinamita la almacene para otro combate.

—No se inquieten por él. Lo tengo bien domesticado. Gracias por el paseo y los cien de anticipo. Buenas noches.

Floro Galvan se despertó a la tercera sacudida. Sentándose en la cama se frotó los ojos, mirando al que exponía:

—Íbamos a ir por la brava, jugando limpio, Kid. Se acabó. Ya lo dijo no sé quién: «Donde estuvieres, haz lo que vieres». Ya que hemos topado con un trust de granujas, vamos a sacarle el máximo de provecho. Hay que echarle coraje a la cosa. ¿Estás dispuesto a tumbar a Buster Colin al primer asalto?

—Ojalá. Eso quisiera yo.

Explicó Pardo detalladamente su reciente entrevista, epilogando:

—Está claro que te dieron el combate porque quieren novedad. Nos explotarían un par de veces, y después nos tirarían como colillas. ¿Estás dispuesto a jugarte el físico?

—Es una vergüenza eso de querer imponerte el tongo. Ya hemos quedado que donde vas tú voy yo.

—Entonces, déjame meditar el gran truco. Un K.O. en el primer asalto contra Buster Colin, nos iba a dar mucha categoría en otras ciudades. Déjame meditar, Kid.

Floro Galvan contempló admirado cómo meditaba su manager.

CAPÍTULO VI

El clamoreo del público presenciando el segundo combate de la velada, resonaba a rugido primitivo.

En el vestuario, Rudy Pardo hizo restallar el batín de seda amarilla, en cuya espalda unas letras mayúsculas de tela granate, proclaman:

«KID FAJADOR».

—Era la sorpresa que te reservaba, Kid.

—Todo un batín de campeón. Ahora me reventaría más hacerte quedar mal.

—Vamos a ganar y en el primer asalto, Kid. Confía en mí, hombre.

Al pisar el ring, Floro Galvan saludó manos en alto, cara ceñuda. Sudaba de íntimo pánico, pensando en la cárcel.

Buster Colin, indolente, saludó con mueca irónica a su rival.

Rudy Pardo en la esquina, pero tras las cuerdas, quiso comprobar los guantes que le correspondieron en el sorteo.

Mientras el segundo los ahuecaba estrujando la crin, comprobó Pardo también si los vendajes estaban bien ajustados, apretándolos con ambas manos. Lo hizo mientras el segundo iba calzando los puños de Galvan.

—Duro y a fajarse tal como te enseñé, Kid. Nariz y costado izquierdo. Directo y gancho. Codo enseguida a tu costado. Todo tuyo el distinguido Colin, que es una colilla, hombre.

Cesaron los murmullos al sonar el gong.

Colin, de espaldas, se revolvió con ligereza, entrechocando sus guantes. Avanzaba erguido, seguro de sí mismo.

Galvan avanzó lentamente, hundida la barbilla en el pecho, pegados los codos a sus flancos, y moviendo los puños ante el inclinado rostro.

«Entrecejo y costado. Directo y gancho», iba pensando. «Cubres flanco derecho. Entrecejo y costado. Directo y gancho.»

Colin fintó en posición erecta, valiéndose de su mayor

envergadura. Galvan encajó el doble directo de tanteo, fallando el que destinaba a lo alto de la nariz.

Pero conectó con fuerza en el costado izquierdo de Colin. Y vio cómo se ladeaba su adversario, reprimiendo una mueca extraña.

Hubo un elocuente murmullo, cuando a cambio de una granizada que le dio vértigo y puso flojera repentina en sus rodillas, consiguió Galvan por orden los dos objetivos señalados.

Caballote de la nariz y costado.

Colin, echando atrás la cara, se ladeó, repitiendo la mueca de extrañeza. Su nariz adquirió una súbita rojez, y una de sus cejas, sangró.

Técnicamente, Galvan parecía disponer tan solo de dos golpes. Directo de izquierda y gancho en corto de derecha.

Como protección únicamente el codo derecho, adhiriéndose al flanco y cubriendo el hígado, que podía ser fulminado por la zurda de su rival.

Se tambaleó al recibir un *uppercut*, pero a cambio, pudo asestar su directo y gancho, simultáneamente.

El árbitro le empujaba, ordenándole algo que llegaba muy confusamente a sus oídos, que zumbaban.

El griterío de los espectadores dominaba la voz del locutor, que aullaba asido al micro. Algunas de sus frases, las oía Galvan:

—¡Una pegada asombrosa, señores...! ¡Dinamita pura...! ¡Ocho...!

El árbitro suspendió su manoteo. El gongo acababa de evitarle el conteo fatídico a Colin, al que estaban llevando a su rincón.

Yendo al suyo, Galvan se pasó los guantes por la cara, recordando las instrucciones de Pardo.

A la vez que escupía el protector dental, mordió el anudado de los guantes.

Se acabó de recuperar bajo el chorro de la esponja que le estrujaba sobre la nuca el segundo, mientras Pardo, fuera de las cuerdas, decía:

—No te dura ya ni medio minuto, Kid. Le salvó la campana, pero está listo. Es todo nuestro. Ahora, de salida, embiste y golpea sin cubrirte. Jim, sécale el agua.

—Lleva los guantes sueltos —dijo el segundo oficial.

—Sécale el agua, mientras se los ato. ¡Magnífico, Kid! Ya te has

ganado el cartel.

Pardo levantó un puño de Galvan, manteniéndolo contra su pecho, mientras le anudaba las corredlas. Llevaba un blusón con ancho bolsillo delantero.

Repitió la misma operación con el otro guante.

Sonaba el gongo.

Desde su esquina, Colin levantándose con esfuerzo, avanzó receloso. Ya no se mantenía erguido y soberbio, sino inclinado y en guardia cerrada.

Galvan embistió en tromba, golpeando sañudamente.

Revoloteó una toalla, cayendo a los pies del árbitro que, con ambas manos, apartó a Galvan, empujándole por los hombros.

Mientras Colin era llevado a su rincón, su manager, Jack Dougal, se aproximó a la esquina ocupada por Rudy Pardo y el segundo oficial.

Galvan bailoteaba alzando los puños, riendo jubiloso. Encaramándose al ring, le atrajo Pardo por el cuello, besándole en la mejilla.

El segundo oficial pestañeó cuando dijo Dougal:

—Quiero verle los guantes y vendajes, Jim. Es mi derecho. Y si me equivoco, será entonces que este mexicano, que de boxear no sabe ni jota, tiene en los nudillos la coza de un mulo.

Dougal estrujó concienzudamente los guantes y examinó después los vendajes, a medida que los iba quitando de las manos de Galvan.

Por fin, comentó hoscamente:

—Era mi derecho.

—Todo legal —sonrió Pardo—. Ya comprobó que el Kid no lleva cemento en los vendajes ni herraduras en los guantes. Solo coraje y puños.

Kid Fajador volvía a saludar a la afición, tras haber dado una vuelta al ring, enlazando a Colin que iba volviendo en sí lentamente, agrietada la nariz, abierta una ceja y rojizos ambos costados.

En el vestuario, recogió Pardo el cheque por el importe de la bolsa al vencedor. Tom Villar, dijo en voz baja:

—Yo en tu lugar, iría a cobrar la plata metido en un tanque. Dougal creyó que Colin iba a encontrarse con material de

exhibición. En fin, ya me avisaras para la firma de la revancha.

Se fue Villar y apremió Pardo:

—Arreando, campeón. Hemos ganado el primer combate, pero se avecinan otros. Por de pronto, nos mandamos mudar. He alquilado un bungalow de entrenamiento en las afueras. Voy a llamar un taxi.

Se asomó al pasillo. En su extremo estaba Gene Ozark, y del vestuario de Colin, salió Bud Regan.

Pardo se acercó al teléfono, marcando números. Lo hacía reclinando un hombro contra la pared y observando a Ozark y Regan, que hablaban en voz baja entre sí.

Apareció el manager Dougal, haciendo una seña después de mirar a Pardo. Se alejaron los dos matones profesionales.

Oyó Dougal la petición de taxi, y cuando colgaba Pardo, se aproximó, mostrando en un rictus los incisivos aurificados, que destellaban menos que sus grises ojos.

—Contento, ¿no?

—Figúrese, hombre. Ya hemos demostrado que somos taquilleros, tal como quería saber Gene Ozark. La próxima vez, por favor, no me mande a sus cocos. Le daremos la revancha a Colin, cuando dentro de una quincena, se derrumbe por más de la cuenta Hal Compton o Bud Regan. Nos da igual cualquiera de los dos. ¿Listo ya, Kid? Dale las buenas noches al manager Dougal, hombre. Deportividad siempre. Felices sueños, colega.

En el taxi, Pardo asestó una palmada en la rodilla de Galvan:

—¿Qué tal te encuentras, Kid?

—Fue maravilloso. Me sentí en la misma gloria cuando veía al orgulloso abusador de Colin acusar los piñazos. Porque es un abusador, ya que forma trust con los otros. Oye, ahora ya me puedes contar en qué consiste el truco.

—Es cuestión de dedos y sangre fría. Dedos ágiles como los míos, Kid. Y ya te dije que es mejor que no sepas nada, porque así vas más confiado.

—Pero sudé horrores, pensando que podían descubrir tu martingala.

—Te la contaré cuando ya seas un campeón y no la necesites. Ahora tendrás que consultar con la almohada. Estamos en guerrilla abierta contra el trust y tratarán de asustarnos. Tú decides si

seguimos adelante.

—Contigo, voy donde sea. Pero cuéntame el misterio ese. Yo hice lo que me dijiste, pero no vi nada de nada. Ni hierros ni Látex. Cuéntamelo, Rudy. El chófer no nos oye.

—Lo que no sabes nunca te perjudica, Kid. Te prometo explicarte el truco cuando ya no lo necesites, porque te pondrías nervioso, y podría fallar. Has de tumbar a Hal Compton y a Bud Regan, y en un mes, estarás en condiciones de valerte de tus puños limpios.

El bungalow de las afueras estaba rodeado de pinares. Era uno de los que, amueblados, alquilaban por temporadas púgiles de paso por Tacoma.

El taxi, virando, reemprendió su regreso a la ciudad.

Empujando la cerca, dijo Pardo:

—Nuestro nuevo cuartel general, Floro. Ahora, ojito no vaya a haber sorpresas. Despacio, pasito corto y mala intención.

Pero no hubo sorpresas. Porque Jack Dougal y Ed Wilson eran, ante todo, traficantes del boxeo.

Y convinieron que, siendo taquillera el mexicano administrado por Pardo, debían planear el mejor sistema de atraerse a Kid Fajador, eliminando sin consecuencias ulteriores a su manager.

Resumió Wilson:

—Si volvemos a enviarle a Ozark y Regan, Pardo nos echará encima la Prensa. Yo creo que, bien aleccionada, Crystal es la sirena ideal para un bruto como el mexicano. Ella lo demostró ya ganándose a Buster, que por ella riñó con su propio hermano, su manager, que tampoco se avenía a razones.

—De acuerdo, Ed. Yo mismo aleccionaré a Crystal.

CAPÍTULO VII

Crystal Clinton cuidaba con esmero la blancura de su piel lechosa y el lustre de su negrísima melena.

En la pista del club nocturno de Tacoma, su prima Kay representaba las líneas «A» y «H», mientras Crystal daba plena rotundidad a la línea «S» de perfil y «X» de frente.

Crystal escuchó muy atentamente las instrucciones de Dougal, referentes al plan a seguir para atraer al trust a Kid Fajador.

A las cinco y media, Floro Galvan efectuaba su carrera a campo traviesa cuando oyó gritos femeninos pidiendo auxilio.

Corrió hacia la vertiente opuesta del altozano que bajó a saltos, hasta llegar a la carretera secundaria. Vio un «De Soto» cabriolet.

Y, reclinada contra el coche, Crystal Clinton, cubriéndose el rostro con las manos, estaba muy sugestiva en su representación de Eva atemorizada.

Pensaba que el vestido rasgado en sitios estratégicos por ella misma, le iba a valer una completa renovación del vestuario, si lograba convencer a Kid Fajador.

Deteniéndose junto a ella, Floro Galvan resopló:

Crystal se abrazó a él, gimiendo que ya no tenía miedo, porque había huido el hombre que la maltrató, no logrando pasar a mayores gracias a que había acudido su salvador.

No, no podía avisar a la policía, porque además de que suscitaría comentarios malévolos, la identidad del cobarde agresor tenía que ser un secreto entre ellos dos: ella, Crystal, y su salvador.

Tenía él que jurar que no diría nada a nadie, ni siquiera a su manager.

Floro decía que sí constantemente. Era embriagador aquel perfume empleado por aquella señorita de la alta sociedad, de cuerpo venusino y rostro apasionado.

Crystal especificó que, apoyándose en el robusto púgil, podría llegar hasta el bungalow, beber un poco de agua, y arreglarse la ropa.

Media hora después, Floro sentía un gran furor contra el desconocido que había sido capaz de intentar abusar de una ferviente admiradora de boxeadores rudos y enérgicos como Kid

Fajador.

Ella le había visto dos noches antes aplastar al presumido de Colin. Y si estuviera ella segura de que no lo había de decir a nadie, por razones que algún día le contaría, podían volverse a ver.

No, no, sobre todo que no le dijera nada a su manager. Era esencial.

Floro Galvan sintió leves remordimientos cuando al regreso de Rudy Pardo, se calló lo ocurrido. Pero la imagen voluptuosa de Crystal se imponía en su evocación con mayor fuerza que la amistad.

Al tercer día de entrevistarse con Crystal, durante las sesiones de footing, en las que Pardo se quedaba en el bungalow, dijo ella que ya no podía callarse por más tiempo su secreto.

Por dos razones estaba decidida a hablar: porque su hermano Battling también había sido víctima de un manager abusador, y también porque sentía una gran atracción hacia Kid.

Batió las pestañas, y Kid Fajador creyó que atacaba, besando. Era el momento psicológico, porque entre apasionadas caricias certeras, resultaba más elocuente lo que ella susurraba a intervalos:

—La tarde en que nos conocimos, yo vine a hablarle a tu manager, para reprocharle que hiciera contigo lo mismo que otro, tan falso como él, hizo con mi hermano. Explotarle inicuaemente, apartándole de la sociedad financiera que enriquece a los que se dejan administrar como Colin, Compton y Regan...

Suspiró ella:

—Pero qué bárbaro tan adorable eres, macho mío... Como te decía, Jack Dougal le ofreció a Pardo veinte combates seguros para ti, con la fortuna asegurada y el posible título de campeón del Litoral. Pero Pardo se negó, porque solo quiere beneficiarse él, no importándole que te cierren los locales. Yo vine a reprochárselo, y el muy sádico me golpeó, jurando que me mataría si te dijese la verdad. Yo me hubiera callado, pero te quiero, Kid, te quiero como nunca he querido a nadie.

* * *

Jack Dougal se aplicó el auricular. Sonrió a medida que oía a Crystal que, enlazada amorosamente por Galvan, iba diciendo:

—Estoy enamorada de Kid Fajador, señor Dougal, y no he podido callarme la granujada que estaba haciendo con él su manager Pardo. Kid, antes de romper con Pardo, desearía hablar con usted. ¿Nos puede recibir?

Minutos después, en su lujoso despacho, besaba Jack Dougal la diestra femenina.

Reprochó amablemente a la «señorita» Clinton haberse arriesgado a revelar el secreto de la paternal protección que él y Ed Wilson, concedían a púgiles leales.

Pero la excusaba, ya que había sido trágica la muerte del pobre Battling Clinton, destrozado por la mala administración y víctima de un manager canalla.

Por fin, en tono agresivo, Dougal se dirigió a Galvan:

—Si no fuese por la intervención de la señorita, te dejaría correr tu mal camino hacia el abismo, porque con granujas como Pardo, estabas abocado al fracaso. Te quiere destrozarse en poco tiempo, para lucrarse a tus costillas.

—Por favor, señor Dougal, se lo ruego en nombre de mi pobre hermano. No tiene culpa alguna mi novio, porque le engañó Pardo.

—Tu manager es un rufián, muchacho. Yo le ofrecí ingresar en el consorcio y me exigió un setenta por cien. Me indignó. Me dijo que él sabría llevarte donde quisiera, porque tú eras su orangután domesticado. En fin, si rompes con él, esto es lo que te ofrezco. Diez combates en gira por Oregón y California. Con cinco más por este litoral, puedes alzarte con el título de aspirante de Washington al campeonato del Litoral. Te administraría como entrenador y manager Gene Ozark. Si quieres firmar este contrato, hazlo ahora.

Miró Galvan a Crystal, que batió las pestañas en sonriente asentimiento. Firmando, dijo Galvan:

—Confío de lleno en usted, señor Dougal. Haré lo que me manden. Y en cuanto a Pardo, ya le ajustaré las cuentas.

—No quiero escándalos, muchacho. Pórtate bien y te harás rico. En el coche, conduciendo, comentó ella:

—Harás carrera, Kid. Quiero ser tu ángel bueno, y ahora ya no le tengo miedo a Pardo. Delante de ti le cantaré las verdades, porque odió a los hombres como él, que causaron la tragedia de mi hermano.

Se limpió ella del borde de la pestaña, una lágrima imaginaria

en memoria de su no menos imaginario hermano.

Masculló torvamente Galvan:

—Te quedas en el coche, mientras le ajusto las cuentas al canalla ese del demonio.

Rudy Pardo, saliendo del bungalow, tocaba con el índice la esfera de su reloj:

—Tendré que comprarte una brújula, Kid. ¿Te extraviaste o qué?

Frunció el entrecejo, mirando con extrañeza al que, detenido a dos pasos, gruñía amenazador:

—Conque soy el orangután domesticado, ¿eh? Te creía mi único amigo y estabas engañándome miserablemente. Fuiste capaz de pegarle a una indefensa señorita, que para evitarme el triste fin de su hermano, venía a reprocharte lo que estabas haciendo conmigo. Tengo que contenerme para no partirte la cara.

—¿Te diste con la frente en un pino, o qué, hombre?

—Ya no me engañarás más. Me han abierto los ojos y me he llevado el gran desengaño, porque tenía en tu amistad. ¿Vas a negar ahora que me llamabas orangután?

—Hombre, también tú me llamas león. Pero, ¡maldita sea...!, ¿qué pasa aquí?

—¡He firmado quince combates con el señor Dougal de apoderado, y tengo por manager entrenador a Gene Ozark! Y tú no aceptaste esta oportunidad para mí, porque querías destrozarme en poco tiempo, para forrarte a mis costillas, y...

—¡Te callas o te zumbo, bocazas! —atajó Pardo, retrocediendo un paso—. Anda a ducharte, Kid. Has pillado una insolación, hombre. A ducharte...

Se interrumpió Pardo, mirando a la que se aproximaba, diciendo:

—Ya no le sirven sus embustes, sépalo. Mi novio ya se enteró...

—¿Su... qué?

—Te dije que no vinieses, Crystal. Una señorita como tú...

Rio Pardo con acritud:

—No seas lirio, Kid. Esta vampiresa no sé lo que se ha inventado, pero yo soy tu amigo. En cuanto a usted, largo de aquí, Cleopatra de vía estrecha...

Floro Galvan embistió en tromba.

Fue por reflejo adquirido de entrenador que Pardo esquivó el

directo al entrecejo y el gancho al costado.

Empujó con las dos manos abiertas, pero Galvan furioso, conectó su segundo gancho.

Ladeándose, Pardo alzó la zurda en seco *uppercut*.

Kid Fajador, alcanzado de lleno en la punta del mentón, cayó de espaldas, fuera de combate.

Lamiéndose los nudillos, resolló Pardo:

—Te buscaste el piñazo, Kid. Ya voy viendo todo el tinglado que se montó Dougal, empleando de cebo a esta vampiresa. Y acertó con el tipo de mujer para sorberte el poco seso.

Apuntó furioso con el índice a Crystal, que se encogió temerosa:

—Se ha creído todos los embustes que le largaste con esta boca tan linda. Anda, dale aire a tu novio... O sea, que se veían a espaldas mías. Nunca me hubiera creído eso de Floro. ¡Váyanse al diablo todos! ¡El trust, ese desgraciado, y tú!

Retrocedió ella, asustada.

Pero dando media vuelta, Pardo entró en el bungalow. Fue recogiendo sus cosas a manotazos, metiéndolas en la maleta.

Se pasó el dorso de la manga por los ojos antes de salir.

Vio a Crystal arrodillada junto al que seguía medio *groggy*.

Dijo hoscamente:

—Me voy a cualquier ciudad donde no vuelva a verme con este botarate. Ojalá no se arrepienta él algún día, porque entonces sufrirá mucho este botarate.

Se alejó a paso rápido.

En la carretera, canturreó rabioso la copla de los macheteros proscritos de las Lagunas Mexicali:

Teníamos aguardiente sabroso y amigo seguro, hasta que vino Lola y vino el apuro.

Ya no hay amigo y todo vuelve a estar oscuro...

Estuvo alzando el pulgar al paso de coches, hasta que se detuvo una furgoneta harinera que se dirigía a Seattle.

CAPÍTULO VIII

Desde la cantina del muelle en que le dejó la furgoneta, veía los yates y canoas de la bahía náutica más concurrida de la costa del Pacífico.

El Puget Sound en Seattle, bullía de actividad industrial. No le iba a ser difícil encontrar trabajo.

El periódico principal tenía seis páginas dedicadas por entero a anuncios. Recorrió las ofertas clasificadas, no leyendo las encasilladas bajo epígrafe como «Oficinas». Le tocaba de nuevo empujar de un carro.

Permaneció boquiabierto, completamente alelado, como si en vez de leer su nombre, acabase de ver algo sobrenatural.

Bebió ansiosamente un vaso de agua helada con limón y canela, antes de releer de nuevo el anuncio enmarcado en recuadro:

«RUDY PARDO. Trabajo bien pagado, llamando al
DW-14 55 66.»

Lo fue repitiendo mentalmente hasta que le trajeron los periódicos atrasados que había pedido. Hacía ya diez días que el mismo anuncio aparecía igualmente redactado, y en el mismo sitio, al principio de la columna de ofertas: «Trabajos Manuales».

O sea, desde dos días después de su llegada a Seattle en el coche conducido por Somers y en compañía de Rick Lazar.

Fue a la cabina, marcando las dos iniciales y el número.

Contestó una voz femenina:

—Agencia Olderham al habla. Dígame...

Sin contestar, colgó Pardo, cogiendo el listín.

Había numerosas agencias en las hojas azules. Pero solo una Agencia Olderham, Fletes y Consignaciones, en Bolton Docks, 48.

Bolton Docks era una de las avenidas comerciales ribereñas bordeando el Muelle Oriental. El número 48 tenía todo el aspecto del local destinado a transportes marítimos.

Un largo mostrador con varios letreros en soporte metálico, varias mesas y mecanógrafas, constituía el telón de fondo.

Pardo tendió el periódico doblado por el anuncio a la

mecanógrafa de la sección «Carga Preferente».

La mecanógrafa miró más tiempo al portador del periódico que al anuncio, antes de decir con amable sonrisa nada profesional:

—Suba al primer piso, al despacho «Información». Pregunte por Gus Larriva.

El despacho en cuya puerta se leía «Información», se componía de un recibidor en primer plano, donde una sola mecanógrafa leía una revista de cine.

—Es a propósito de este anuncio. Me dijeron que preguntase por Gus Larriva.

—Soy la secretaria y debo anotar el motivo de su visita.

Se abrió una puerta cercana, a espaldas de la mecanógrafa, y apareció un individuo que dijo:

—Sigue flotando en el limbo de Cinelandia, nena. Pase usted.

La primera impresión que producía el que mantenía abierta la puerta, era la de personificar a un elegante pistolero de película.

Alto y moreno, Gus Larriva iba en mangas de camisa. Contra el blanco tejido destacaban los tirantes grises.

Y un tercer tirante que sostenía la negra funda axilar, con su culata sobresaliendo.

—Pase con toda confianza —invitó Larriva, cerrando la puerta—. Celebro que sea desconfiado. Pero yo soy uno de los detectives de esta agencia naviera. Antes estaba en la sucursal de Tampico. Allí me llamaban Gustavo, pero aquí el tiempo es oro, y me quedé con la sílaba inicial. La penúltima vez que le vi, subía usted en un «Pontiac» azul. La última vez, fue aquí, en Seattle, bajando del mismo coche.

Interrogante, se tocó Pardo el pecho con el pulgar. Añadió Larriva:

—No le seguía a usted, sino a Lazar. Verá la razón. El Servicio de Represión de Inmigración Clandestina, ha ofrecido una recompensa a quien quiera que localice a una pandilla que se dedica a explotar inmigrantes. Yo, sospechando de Rick Lazar por sus frecuentes viajes, empecé a interesarme en sus pasos. Pongo las cartas sobre la mesa, paisano. Ayúdeme y le conseguiré la nacionalización legítima. Ayúdeme, y repartiremos la recompensa ofrecida por el SRIC.

—¿SRIC?

—El tiempo es oro, paisano —sonrió Larriva—. Servicio de Represión, etcétera. Usted sabe mucho. Hábleme a mí, y cobraremos sabroso. Si el viejo Pitágoras no era un cuentista, la mitad de diez mil dólares, son cinco mil para usted.

Rudy Pardo se estiró el labio inferior.

Sin dejarle hablar, prosiguió el detective:

—Yo actúo plenamente por mi cuenta, y me tomaré el tiempo que sea preciso para dar con la pandilla. Usted y yo sabemos ya que Rick Lazar y Russ Somers forman parte de la pandilla. A veces, venían a Seattle. Aquí debe estar el alto mando. Si usted se hace bien visible aquí en Seattle, aparecerá alguno de la pandilla. ¿Quiere ganarse los cinco mil dólares?

—¡Hombre!

—¿De acuerdo, entonces? Tan pronto se haga usted visible, intentarán quitarle de en medio.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque usted sabe mucho de la pandilla.

—Solo sé que Rick me quería cobrar abusivamente, puesto que ya había pagado un total de dos mil entre mis ahorros allá y la cuota semanal de diez. Yo no maté a Purdom. Fue el mismo Rick, al yo empujarle el brazo quien le soltó la pólvora y el plomo a Purdom.

—De esto no se preocupe, ya que la policía dio por buena la versión de Lazar y Somers. Pero usted tiene el hilo de la madeja en sus manos. Allá por su pueblo mexicano, ¿cómo empezó la cosa?

—Vino a verme Rick diciendo que por aquí se ganaba la plata a montañas. Él podía darme pasaje, papeles y con el tiempo, algún trabajo bueno. Le entregué mis ahorros y quedó convenido que apenas desembarcado, le pagaría diez dólares por semana, durante seis meses. Me dijo que conmigo hacía una excepción, porque los otros pagaban mucho más.

—Claro, como que también embuchan maleantes fugitivos, contrabandean y apenas prospera uno de los clandestinos, lo asan a la parrilla de las cuotas grandes. Usted sabe cómo se llama el barco que lo trajo.

—No, porque Lazar me acompañó de noche en una lancha, y luces apagadas me metieron en uno de los sollados. No me dejaban subir arriba y me pasé el viaje en las calderas. Pero ahora

recuerdo...

—¿Qué? —dijo súbitamente interesado el detective.

—Quien se hizo cargo de mí y otros clandestinos era un sujeto con una cicatriz en un pómulo. Rick le llamó Conrad.

—Pero al desembarcar...

—Fue también de noche. Nos botaron a ocho en una canoa, en una costa de dunas, y fuimos a pie hasta la ciudad más próxima, llamada Port Angeles. Me dijo Conrad que me viese con Rick en el Park Swan, de Everett. Esto es cuarto sé de la pandilla.

—Bien, bien, bien... Voy a dejar el despacho, y dedicarme de lleno a usted, si es que persiste en que nos ganemos la bicoca de cinco mil por barba.

—Naturalmente que quiero. ¿Qué he de hacer?

—Hacerse visible, sin que yo le pierda de vista ni un segundo. Codo a codo. Alguien se acercará con malas intenciones, porque el resto de la pandilla sabe que usted, por dos veces, le dio morcilla a Rick Lazar.

—Voy a por Rick, y puedo sonsacarle.

—No.

—Puedo probar con Somers.

—Tampoco. Estos dos ya han dejado de incordiar. Hace unos días lo pescaron con el coche. Ellos estaban dentro del coche, sumergidos en la bahía. La versión policial fue alcohol y pérdida de volante. Yo opino que murieron así porque habían cometido un grave fallo al no eliminarles a usted y a Floro, que venían a ser algo así como tajadores amotinados. Bien, a Floro nadie le molestará porque le juzgan casi un retrasado mental. Estoy ahora pensando en cómo hacerle visible, Rudy. Si fuera posible poner un anuncio diciendo que Rudy Pardo... ¿Qué le sucede?

—Grave es el asunto, si la pandilla mató a Rick y a Somers.

—Trafican en inmigrantes, drogas y todo lo que se presenta. Pero estaba yo diciéndole que si pudiera ponerse un anuncio, como he hecho yo para entrar en contacto con usted...

Pardo estaba estirándose el labio inferior, fruncido el ceño.

—¿Se le ocurre algo, paisano?

—Se me ocurre que peso setenta y cinco, y tengo idea de boxeo. ¿Quiere que me haga visible? Inventemos un récord, hagamos propaganda con fotos, y ya está.

—¡Fenómeno, paisano! Tiene el seso ágil.

—Comiendo bien y haciendo ejercicio, me lucirán más las carnes, y de paso puedo probar suerte en el ring.

—Caray, no es preciso llevar el asunto tan a lo vivo. Si sube a un ring, lo bajarán en camilla.

—Voy a tutearte, paisano, para hablar en plata. Quieres atrapar a una pandilla y has sido sincero al no ocultarme que intentarán soplarme plomo. Puestos a morir, ¿qué más da subir a un ring y a ver qué pasa, hombre?

Poniéndose en pie, rio Larriva:

—Caray, a esto le llamo yo coraje del bueno, Rudy. Manos a la obra. Me das la ocasión de no perderte de vista, oficiando como apoderado. ¿Dónde estuviste escondido todos estos días?

—Paseando por Tacoma.

—¿Estás con Floro Galvan?

—Se quedó en Tacoma. Reñimos. Por mí, que se pudra. Ahora quisiera yo probar cómo se me da el ring. Podrán pegarme, pero puede llegar un día en que yo pegue a unos cuantos de los que fanfarronean.

—Me gusta tu coraje reflexivo, paisano. Tú métete entre cuerdas, que yo me cuido de guardarte las espaldas a tiro limpio cuando se tercié. ¿Qué necesitas?

—Hincharme de comer bien, tener una choza con campo para entrenarme, conseguir un buen sparring, y pagar propaganda. Me lo descuenta todo de los cinco mil a la vista. Tú a la espera de la pandilla, y yo a ver si me hago con cartel. He leído que hay un torneo de aspirantes para representar a Seattle en el Cinturón Litoral.

En la sección deportiva, los periódicos de Seattle publicaban la foto de un pugilista enfundado en mallas negras, golpeando a un saco.

Al lado otra foto, donde, de frente, alzaba Pardo las vendadas manos.

Al pie de ambas fotos, decía:

«Rudy Pardo, el estilista que debutará en la próxima velada del Ice Ring Sports.

»Según nos informan, el púgil californiano, entrenado

por Max Oliver, es una esperanza del ring que posee una clase natural extraordinaria. Sereno, preciso, Rudy Pardo actúa con este don privativo de los superdotados que consiste en no esforzarse hasta el momento oportuno.

»Es peleador que no se arredra, como lo demuestra que se ha inscrito con bolsa al vencedor, en el torneo de aspirantes del peso medio. Afirma que ha venido a hacer plata con los nudillos.

»Le veremos en acción frente a Larry Connor, el incansable y efervescente batallador.»

CAPÍTULO IX

Max Oliver, setenta y ocho kilos veteranos, saltó hacia atrás al pegar Larriva con los nudillos en la chapa metálica, marcando el fin del segundo asalto de guantes. Se quitó el casco orejera y dijo:

—Estás muy verde, Rudy, pero si consigues meter la zurda en *uppercut*, haces pupa.

Se frotó la mandíbula, yendo a la ducha.

En el ring, sombreado por las copas de cuatro abetos, Rudy Pardo se apoyó de codos en las cuerdas. Quitándole los guantes, comentó el detective:

—Te van a dar más que a una alfombra, paisano. Dice Max que tienes el estómago blando.

—Ya se endurecerá con abdominal para el «corsé» —aseguró Pardo.

Y tendiéndose sobre la lona, empezó los fatigosos ejercicios destinados a fortalecer los músculos protectores del plexo solar.

Gus Larriva manifestó su asombro:

—Te has tomado eso del boxeo con verdadera rabia. Con un fanatismo así empleado en otro arte, serías un fenómeno. Pero no vale engañarse. Vas a encontrarte con un chico como ese Connor, que es considerado profesionalmente una esperanza.

—Antes de ser esperanza, era como yo, y si puedo meter la zurda, hago pupa, dice Max... —resolló Pardo, entre flexiones de piernas.

Después de cenar, anunció Larriva que se iba a dar una vuelta.

Rudy Pardo dijo que afianzaría puerta y ventana de su alcoba.

En la ciudad, Gus Larriva fue a un teatrillo: Burleck. Se sentó en un palco, donde se hallaban tres individuos.

Uno, con aspecto de próspero hombre de negocios, se llamaba Jock Harlan. Le acompañaba su inseparable secretario Neil Lowen, y al borde del palco, el primer maquinista Jones ostentaba en el pómulo una cicatriz.

Dijo Larriva:

—Creo que podemos abandonar todo temor. Pardo no piensa para nada ni en chantaje ni en ir a la policía. Su única obsesión es hacerse pugilista.

Jock Harlan, uno de los principales accionistas de la Agencia Olderham, con sucursales en Tampico, Everett y Seattle, ordenó:

—Síguele por una temporada. Los tipos como él, demasiado reflexivos, dan las peores sorpresas. Sigue vigilándole, y si te cercioras de que ha olvidado lo de Lazar y Somers, no hará falta suprimirlo. Pero tenlo siempre a la vista, porque andan muchos agentes del SRIC buscando ganarse la recompensa y el ascenso.

* * *

Con una ilusión jamás experimentada por nada, Rudy Pardo subió al cuadrilátero del Ice Ring Sports.

El truco misterioso que le había valido a Kid Fajador noquear a Buster Colin, no iba a emplearlo Pardo, porque quería «luchar a la brava», probando sus posibilidades, mientras no existiesen trusts como en Tacoma.

En la esquina opuesta, Larry Connor aventajaba en experiencia y dos kilos a su rival.

Era un irlandés pecoso y bullidor que acreditaba su calificativo de batallador efervescente.

En la primera fila de espectadores se sentaba Gus Larriva. Tres filas más atrás, Conrad Jones, el marino de la cicatriz.

Asistía a Pardo su entrenador y sparring Oliver, quien en voz baja, opinó:

—No seas terco y déjame que tire la toalla apenas se ponga fea la cosa.

—A mí se sacan en camilla o a hombros, Max.

—Amén —dijo ceñudo Oliver.

Sonó el gongo.

Apenas se puso en guardia, Rudy Pardo empezó a comprobar la gran diferencia que existía entre «hacer guantes» y recibir una granizada de puñetazos de un rival contundente y sañudo.

No consiguió «meter» la zurda. Y al minuto y dos segundos de iniciado el combate, metió la rodilla en la lona.

Notó cierta dificultad en abrir el párpado derecho. Fue respirando hasta oír el número ocho, y se incorporó.

Dando un salto de lado, dejó pasar el aluvión humano en que, por exceso de efervescencia, se había convertido Larry Connor.

El irlandés se revolvió y con deleite, colocó Pardo el zurdazo en *uppercut* que restalló sonoro bajo los maxilares de Connor.

Connor se tambaleó, pero desoyendo toda técnica asimilada, golpeó furioso y repetidamente.

Pardo volvió a arrodillarse, apoyando esta vez ambos guantes en la lona.

Sonó el gongo cuando estaba en su rincón recibiendo toda clase de golpes, precisamente en los lugares que no se cubría.

Conoció el grato placer insospechado de chupar agua a medida que le resbalaba por la cara desde la esponja estrujada por Max Oliver, que gruñía:

—Te estás transformando en un cesto de tomates aplastados. ¿Tiro la toalla?

—Tírala y a la salida nos veremos las caras, sin guantes, hombre.

El segundo asalto puso de manifiesto que lo único que se ventilaba era el tiempo que tardaría el estilista Pardo en quedar fuera de combate.

Cayó cinco veces.

En el descanso, Oliver, aplicando coloidal en cejas y nariz, dijo:

—Si aguantas dos asaltos más, tal vez Larry cansado de pegarte, tendrá los brazos como algodón. Puede que esta sea una táctica allá por tu pueblo. ¿Tiro la toalla?

—No.

En el tercer asalto, Pardo sabía ya lo que debía hacer.

Adherirse pegajosamente para evitar el golpeteo que le machacaba desde distancia. Solo cayó una vez.

En el cuarto asalto, Connor, sudoroso y jadeante, se impacientó. Estaba ya convencido de que no tenía adversario, sino un saco resistente, que se mantenía en pie por coraje.

Lo empujó para separarlo. Y entonces pudo aplicar Pardo su segundo *uppercut* zurdo bien medido.

Larry Connor chocó de espaldas contra las cuerdas y el público animó a la víctima.

Rudy Pardo se dispuso a aplicar su tercer zurdazo.

Una enorme nube negra, poblada de cohetes, le inundó la visión.

Removió las mandíbulas bajo un chorro de agua, y oyó decir a Oliver:

—Te salvó la campana del KO. Vas progresando, chico. Larry

tiene la mano resentida del espantoso rechazazo que te colocó en la barbilla. ¿Me ves bien?

Las cuencas oculares de Rudy Pardo eran dos hinchazones coloradas, con una estrecha rendija sangrante, por la que podía atisbar.

Dijo afanosamente:

—Faltan solo cuatro asaltos más.

Apenas sonó el gongo y tras caminar dos pasos, Pardo tambaleándose, se agarró a las cuerdas, al ser volteado por un rechazazo de su rival.

Y vino el inesperado desenlace.

Sollozando rabiosamente, Larry Connor, levantó la zurda en señal de abandono. Tenía un nudillo dislocado.

Pardo se dejó caer en su taburete, bebiendo con ansia.

Todo lo oía amortiguado por zumbidos. Fue volviendo en sí, oliendo sales y vinagre.

Max Oliver le cogía la zurda vendada, obligándole a levantarse.

El locutor tendía el micro, invitando:

—Unas palabras a la afición, Rudy.

En el repentino silencio, se oyó netamente deletreada y pausada la declaración de Pardo, vencedor por abandono de su rival:

—No he ganado como es debido, ya que fue mi barbilla la que ganó por lesión de Larry. O sea, que es de ley que Larry y yo repitamos.

Larry Connor se olvidó del dolor de su nudillo al oír que públicamente, le era concedida la revancha.

Vino a abrazar a su contrincante de rostro tumefacto.

En el vestuario, contemplando las manipulaciones de Max, dijo Larriva:

—Con tanta generosidad, te veo en la clínica muy pronto. Ya tenías el combate ganado. ¿Por qué le diste la revancha al otro?

Fue Oliver el que replicó:

—Porque Rudy es un valiente y se ha merecido la ovación que echaba humo. Y ahora le voy a enseñar a boxear de veras. Tiene lo principal: aguante, coraje y nobleza. Se hará taquillero.

Durante toda la noche y el día siguiente, Rudy Pardo permaneció en cama.

Cada vez que se movía reprimía gemidos doloridos.

Al atardecer, Gus Larriva, sondeó:

—¿No viste nada de particular en la sala?

—Pues sí. Al de la cicatriz, al marino que llamaban Conrad.

—¡Caray! ¿Y por qué no me lo dijiste?

Hablando con dificultad a causa de la hinchazón de su barbilla, dijo Pardo:

—Yo boxeo, Gus. Tú investigas, ¿no? Ese fue y es el trato, hombre.

El cinco de mayo, el Seattle Daily, daba cuenta de la segunda actuación de Rudy Pardo en los siguientes términos:

«En su segundo combate, demostró de nuevo el original y excéntrico Rudy que su anatomía es berroqueña. Demostró también vislumbres de estilo, y encajó una severa paliza durante los cinco primeros asaltos. Pero con tesón y rebosante de coraje, a partir del sexto asalto, su zurda maltrató constantemente a Burt Dalton, que terminó flotando por el ring. Resultado: Combate nulo.»

El diez de mayo, en Tacoma, Kid Fajador vencía por KO en el tercer asalto a Hal Compton. La Prensa anunciaba que el Ciclón Mexicali emprendía una gira por Oregón y California.

El veintitrés de mayo, Rudy Pardo saltaba jubiloso por el ring.

Su rival, Larry Connor, no había oído al árbitro contándole los diez segundos en el séptimo asalto.

A fines de mayo, Gus Larriva iba recogiendo los billetes que contaba Pardo.

—Cuentas saldadas, Gus. Y agradecido por el préstamo.

—Ha sido una mala suerte que el SRIC descubriese a toda la pandilla. Pero mientras tú te has labrado un porvenir sacando plata con tus nudillos. ¿No te interesa saber quiénes formaban la pandilla?

—¿Para qué? A mí solo me interesa llegar a campeón del Litoral. Y de los periódicos, solamente leo la sección de boxeo.

Gus Larriva regresó a su despacho de informador de la Agencia Olderham, tranquilizando definitivamente a la pandilla.

Rudy Pardo solo tenía una obsesión. Llegar a destacarse en el

rudo deporte del guantazo.

Max Oliver, su apoderado y entrenador, le seleccionó combates en el estado canadiense de Columbia.

Durante dos meses, Pardo completó su transformación.

Ya tenía su estilo propio. Guardia baja, con los puños sobre los muslos, la gran flexibilidad de su cintura y sus berroqueñas dotes de encajador, le permitían abrir brecha aplicando su temible *uppercut* zurdo.

A su regreso a Seattle, leyó con ansiedad la lista de los clasificados para disputar en eliminatoria, el título de representante del estado de Washington, del peso medio.

La lista se componía de ocho:

Alan Wilburn - Sandy Brown, por la ciudad de Olympia.

Duke Arlen - Jim Stark, por la ciudad de Spokane.

Burt Dalton - Rudy Pardo, por la ciudad de Seattle.

Buster Colin - Bud Regan, por la ciudad de Tacoma.

Hacía ya más de un mes que ningún reportaje deportivo mencionaba a Floro Calvan, alias Kid Fajador.

CAPÍTULO X

Crystal Clinton contempló en el espejo el destello de sus nuevos pendientes.

Dijo sin volverse:

—Cuando Bud sea campeón del estado, me regalará el collar que hace juego.

Su prima Kay, replicó sonriente:

—Siempre te las arreglas para conquistar al ganador. Primero, fue Buster, después Floro, y ahora Bud. Te admiro, porque posees una valentía escalofriante. Yo no sería capaz de jugar así con los sentimientos de brutos a los que engañas mientras te conviene, o te lo indica Dougal. Y, entre nosotras, te diré que vayas con cuidado. He visto rondar a Floro, y puede darte un disgusto.

—Bah... Es un corderillo, que se contenta con contemplarme de lejos. Sabe que si se aproximara, Bud acabaría con él. Hasta luego, querida.

Abandonó Crystal el departamento que compartía con su prima Kay. Pero no compartían ambas la misma filosofía.

Kay Clinton gustaba de pieles, joyas y lujos, pero pensaba que si algún día lo conseguía, sería por mediación de un marido. Y si no podía proporcionarle lujos, se daría por muy contenta con tener un hogar.

Pero por el momento no había surgido el hombre que le inspirase amor. Acudió a la llamada del timbre.

Un traje azul claro, y una camisa granate, fueron los detalles del desconocido que vio primero.

Después escrutó el rostro cetrino, máscara enjuta, cuya reflexiva gravedad, tenía un leve resalte de crueldad en los negros ojos, rendija entornada, casi oriental, por las abultadas cejas.

—Mi prima Crystal hace unos minutos que se fue.

—¿Cómo sabe que vine a ver a su prima?

—Porque usted es boxeador.

—¿En qué se me nota? Además, ¿tiene su prima el monopolio de púgiles? Usted es muy distinta a ella.

—¿En qué se me nota? —sonrió ella, retrocediendo.

Rudy Pardo entró, cerrando la puerta con las espaldas.

—Crystal es explosiva como un clavel reventón. Usted es delicada, fina, como un botón de rosa.

—Gracias. Y ahora, dando media vuelta y yéndose, podrá encontrar a Crystal en el Palmiers, adonde fue a cenar.

—Yo ya he cenado. Me llamo Rudy, y por lo que sea, que no sé qué es, usted me inspira confianza. Quisiera saber si oyó hablar de un tal Kid Fajador.

—Mucho. Ha sido novio de mi prima.

—Vaya... Celebro que ya no lo sea. Por mí, puede pudrirse Kid Fajador, pero hace tiempo que no leo nada de sus combates.

Kay Clinton examinó con más detenimiento a su visitante.

—¿Se llama usted Pardo además de Rudy?

—Pues, sí.

—Entonces, usted fue el manager con el cual llegó Floro a Tacoma. Pero no sabía que también boxeaba. Ya que le inspiro confianza, voy a tomármela. Hizo muy mal en abandonar a Floro, y aunque a mí no me importa lo que sucede entre bastidores del ring, por lo que sé de mi prima, no interesaba que Floro fuese un obstáculo. Y si a usted le enviaron a Gene Ozark y a Bud Regan para asustarle, era usted muy libre de irse, abandonando a Floro.

—Yo le dejé, porque firmó con Dougal, y escogió a Ozark como entrenador y apoderado. Todo por culpa de la pajolera de su primita.

—Mi prima no es mala chica, pero tuvo la desgracia, aunque ella lo cree una suerte, de servirle a Jack Dougal de novia ambulante de los boxeadores que le señala Dougal. No sé por qué le explico tantas cosas...

—Será porque nos inspiramos mutua confianza. Y a todo esto, ¿cómo se llama usted?

—Kay.

—Bien, Kay, pues tanto gusto, de veras. ¿Dónde puedo encontrar a Kid Fajador?

—¿De verdad no sabe dónde está?

—No tengo la menor idea. Si lo supiera, no le preguntaría.

—A esta hora, lo encontrará en cualquiera de los bares de la calle Sexta o durmiendo en la terraza del número 15 de los Colfax Slum.

Al apretar los labios resultaron las mandíbulas de Rudy Pardo,

quien, dando media vuelta, abandonó el recibidor.

Y cerrando, Kay Clinton se adosó a la puerta, pensativa.

Era extraño que en unos minutos hubiese hablado tan confidencialmente con un desconocido, tras cuya máscara plasmada a golpes, adivinaba ella una viril sencillez primitiva y fascinante.

* * *

Pardo bajó del «Mercury» adquirido a plazos, aparcándolo en la rotonda, en cuyo centro había un quiosco bar.

Se dirigió a una de las mesitas, cuyo único ocupante, extendidas las piernas, tenía aspecto de estar muy cansado.

Los pantalones y la cazadora necesitaban un urgente desmanchado. La camisa a cuadros abierta sobre el velludo pecho acababa de dar a Floro Galvan el aspecto de un cargador de muelle fatigadísimo.

Pero el cansancio que se desprendía de su desmadejamiento tenía su origen en el frasco que por cuatro veces había traído ya el camarero.

Un frasco con etiqueta de tequila mexicana, pero relleno por destilerías canadienses.

Floro Galvan miró su vaso vacío, y agitó el índice, llamando al camarero, que acudió para oír:

—Deja el frasco a mi lado y te ahorrarás viajes.

—Sabe que está prohibido, y además el amo no quiere que le sirva más de cuatro tomas. Luego se le sube a usted el aguardiente, y el amo...

Intervino Pardo, sentándose frente a Galvan:

—¿Esto es un camarero o un pastor protestante, hombre?

Turbia la mirada, que no fijó en el que hablaba, aprobó Galvan:

—Cabal. Y apúntalo en la pizarra, tú. Me he dejado la cartera en casa.

El camarero iba a protestar, pero mirando el billete que le tendía Pardo, asintió, al ver el acompañamiento de la mano, como espantando moscas. Se retiró satisfecho de haber cobrado con amplitud.

Floro Galvan se pasó la diestra por la parte inferior del rostro, que le temblaba y manifestó con voz enronquecida:

—Tengo la gran papalina. Llevo días en que me sabe mal el aguardiente.

—Porque es infecto, hombre.

Galvan se apretó con más fuerza la mandíbula inferior, cerrando los ojos.

—Hasta hablando te pareces a uno que conocí hace siglos. No vestía tan elegantón, ni tampoco tenía los ojos tan martilleados. Pero, ¿qué más da? Debe ser eso que llaman el delirium tremebundis. ¿Nos vamos a otro sitio donde echen aguardiente del bueno?

Levantándose, se tambaleó, crispado el rostro en mueca extraña.

Señalando hacia el «Mercury», dijo Pardo:

—Sigue la dirección de la flecha, hombre.

Al instalarse junto al volante, se arrellenó Galvan, diciendo:

—Si no estuviera con el gran vacilón, y esto no fuera un coche de los caros, y tú no vistieses tan elegantón, juraría que eres Rudy... ¡Qué vaivén tan sabroso tiene este carro!

—Es que lo encargué así al comprarlo, porque me gusta el cimbreo. Si no me engaño, te pareces mucho a un tal Floro.

—Cómo que soy Floro.

—¿No te apodabas Kid Fajador?

Floro Galvan, alzando repentinamente los dos puños, se golpeó la frente, exclamando:

—¡Dilo, dilo ya que fui un mal amigo! ¡Dilo ya que fui un canalla!

Pardo detuvo el coche ante un bar, y bajando, dijo:

—Voy y vuelvo.

Floro Galvan sentía un intenso furor contra sí mismo.

Regresó Pardo. Sentándose, colocó entre ambos un frasco recién descorchado.

—Puro aguardiente mexicano, hombre. Nos lo beberemos a chupitos.

—¡Dilo ya que fui un mal amigo y un canalla!

—Hombre, si te empeñas y si te ha de dar gusto, por mí que no quede. Anda, echa un chupito.

Tras beber, dijo Galvan:

—Tanto si me crees, como si no, es verdad que me agrada volver a verte, Rudy. ¿Adónde vamos?

—Alquilé el mismo bungalow que tuvimos en la colina. Lo ocupó con mi entrenador Max Oliver, al que ya conocerás. Y ya que volvemos a ser amigos, no vendría mal que me contases cómo te han ido las cosas. La última vez que nos vimos me fui rabioso, pero tú no tuviste la culpa, hombre. Se puso de por medio una «Lola».

Detuvo el coche al principio del camino que conducía al bungalow que cuatro meses antes habitó con Galvan.

Chasqueando la lengua, Galvan fue explicando con lengua algo estropajosa y trabándose en algunas palabras:

—Voy a contarte lo que pasó para estar como estoy hecho un asco y acoquinado porque me he ido bebiendo los cuatro puercos billetes que cobré. Primero, todo eran mimos, y preparando los combates como si fuera un teatro. Todo al detalle. Aquí tumbé en el segundo asalto a Hal Compton, como si el rayo lo hubiera fulminado. Después, me tumbó Colin. Luego, me tumbó otro. Y Ozark venga a darme de beber. Y la cosa se puso que daba asco. Bud Regan me tumbó en. Salem. Buster Colin en Sacramento. Bud Regan en San Francisco.

—Bebe un buchito, hombre.

Bebió Galvan, haciendo buchecitos antes de proseguir:

—Y entonces vino Jack Dougal y me dijo que no sé qué cláusula del contrato anulaba lo tratado, porque yo llevaba una indecente vida de borracho. Y entonces, Crys me dijo que era una vergüenza al hacer quedar mal al señor Dougal. Y que, rompíamos. Se fueron todos, y cuando los volví a encontrar aquí, pues... Bueno, a tu salud, Rudy.

Apuró Galvan el resto del frasco y emitió una risita que pretendía ser burlona y que sonaba a queja lastimera:

—Vine aquí y en presencia de Jack Dougal, me cogieron entre Gene Ozark y Bud Regan... ¿Ves aquí?

Señaló Galvan una brecha rojiza, no del todo cicatrizada, tras su oreja izquierda.

—¿Y ves aquí?

Apartándose cazadora y camisa, mostró su hombro, que ostentaba una huella parecida a la anterior.

—Dos puñetazos que me dio Regan empleando una manija de hierro. Y me dijo Dougal que si me ponía cargante, la próxima vez no lo contaría. Estuve unos días echado, pensando cómo matarles a

los tres. Pero ya no los mato. Ya no pego ni un sello, ni apago una cerilla... He agarrado el gran vacilón, Rudy. ¿Verdad que sí?

—Pues, sí.

—Te veo repetido, y me alegra mucho... ¿Sabes que te quiero, león?

—No, no lo sabía.

—Pues te quiero, león, porque no me has reprochado nada, después que hasta te pegué, ¡relajo! Porque te pegué, y es que estaba loco por Crys, que me tiene loco... No es mala, ¿sabes? ¡Qué bien se cimbrea este carro!

Volvió Pardo a detener el coche frente al bungalow, ante cuya puerta esperaba Max Oliver. Enlazó a Galvan para ayudarle a bajar, y dijo:

—Este que mañana verás mejor, es Max Oliver. Como si fuera yo mismo.

Pasando un brazo en torno a los hombros de Pardo, Galvan se tocó el pecho y dijo solemnemente:

—Yo soy Floro y este es Max. Tú eres mi amigo, Rudy. Ahora dormiré a gusto. Ya me sabe dulce el aguardiente.

Apenas tendido en una litera, Floro Galvan se durmió profundamente.

CAPÍTULO XI

Crystal Clinton bajó del coche, y Bud Regan la alcanzó cuando llegaba al vestíbulo, cogiéndola de un codo.

—Subo contigo, nena. Tomaremos una copa.

—Mi prima no quiere que nadie me acompañe a estas horas, Bud.

—En mí no manda tu prima ni nadie —replicó secamente Regan, empujándola dentro del ascensor—. Somos novios, ¿no? Y nos casaremos apenas tenga el título de campeón de Washington.

Antes de que se cerrase la puerta del ascensor, entró Rudy Pardo que estuvo esperando en un sillón del vestíbulo.

Bud Regan frunció el ceño, haciendo memoria. Aquel desconocido le recordaba a alguien que no conseguía nombrar.

Reiteró Crystal:

—Mi prima paga a medias el piso, con la condición de que a estas horas...

—Tu prima es una gazmoña estúpida.

El ascensor se detuvo y salió Crystal, avanzando por el pasillo. Abrió la puerta del piso, entrando.

Regan, deteniéndose, examinó al que le seguía.

Pardo se detuvo también. Parecía darse masaje en la zurda. Sin dejar de mirar, indagó:

—¿Dónde nos vimos antes de ahora?

—Hace ya meses. Iban en un coche con Ozark, y se trataba de meternos miedo a Kid Fajador y a mí.

Regan separó ligeramente los pies, cerrando los puños, al decir:

—Ya te recuerdo. De manager pasaste a besar lonas. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

Sobándose la zurda, replicó Pardo:

—Un tipo como tú no tiene derecho a pisar un ring, porque eres un bicho cobarde y abusador, que emplea manija de hierro y se hace ayudar por Ozark para destrozar a...

Regan alzó con rapidez vertiginosa ambas manos.

Pardo esquivó el gancho al rostro, inclinándose para amenguar los efectos del golpe al estómago.

Proyectó a la vez en directo su zurda, cuyos nudillos estaban

recubiertos por un cartón con blancor de plata.

Regan retrocedió impulsado por el contundente puñetazo en su entrecejo.

En el umbral del piso retrocedió también Crystal, al chocar contra ella las espaldas de Regan, que a cambio de colocar un swing, acababa de recibir un segundo zurdazo en un pómulo.

Despertada por el ruido, Kay Clinton acudió para enlazar por los hombros a su prima, que gemía asustada.

Al tercer zurdazo conectado con certeza precisión en su barbilla, Regan manoteó furioso, pero su cerebro estaba ya anegado por los vapores del KO.

Jadeante, sangrando por la comisura de los labios, Pardo no dejó caer a su adversario.

Le asió por una solapa, asestándole zurdazos, a corta distancia, con salvaje rapidez, machacándole rostro y costados.

Desmadejado, Regan fue desplomándose lentamente hasta que, soltándolo, resolló Pardo:

—La paliza que le diste a Floro, queda casi saldada.

Miró fijamente a Crystal, al añadir:

—Cambia de novio otra vez, chica, porque este ya lo ves... De campeón, solo le quedan las narices. Tardará tiempo en subir a un ring. Le atizó a Floro con una manija de hierro, ayudado por Ozark, y en presencia de Douglass.

Tenía ya el puño zurdo sin el misterioso cartoncito, que le había valido el primer triunfo a Kid Fajador.

Se atenuó la expresión salvaje de su rostro azteca al contemplar a Kay:

—Perdona por haber manchado tu alfombra, Kay.

—Cuando Regan se recobre, puede denunciarte —dijo Crystal.

—No lo hará, porque sabe qué si se chiva, yo denuncio al trust. Vamos, Bud, voy a llevarte a la mesa de reparaciones.

Se inclinó, asiendo por una muñeca al conmocionado y pasándose un brazo sobre el hombro, apalancó hasta ponerlo en pie, enlazándole por la cintura.

—Una toalla para envolverle la cabeza. Este animal sangra como un becerro. Una toalla, Kay, y así tendré pretexto para volverte a ver.

Se alejó ella en dirección al cuarto de baño, y dijo Crystal:

—Yo te acompañaré y puedo decir que Bud te provocó y pelearon. Para que no te retiren la licencia.

—Ya. ¿Cambias de bando?

—Yo le tenía afecto a Floro, pero empezó a beber y...

—No te aturrulles. Y si le tienes afecto a Floro, demuéstreselo cuando le veas. El pobre sueña contigo hasta bebiendo. Además, voy a entrenarle duro, y procuraré que sea el sustituto de este.

Envolvió la cabeza de Regan con la toalla que le tendía Kay, mientras insistía Crystal:

—Yo iré contigo, y estaré junto a Regan cuando se recobre para evitar que te denuncie. Puedo decir que le atacó un desconocido. Déjame hacerlo.

Miró Pardo a Kay, que asintió mudamente.

—De acuerdo, Crys. Adelante. Abajo está mi coche. Si asoma alguien, hazme señas. Mañana vendré a devolverte la toalla limpia, Kay. Llevo horas pensando en ti. Si quisieras, Serías lo que me hace mucha falta. La novia que me sirviese de estímulo. ¿Sigo mañana?

—Sí, mañana me lo dirás, Rudy.

En el coche, Regan quedó sentado entre el asiento posterior y el respaldo delantero. Propuso Crystal:

—¿No sería mejor que lo cuidase un médico que conozco? Pidiéndoselo yo, como para favorecer a Regan, él no diría nada.

—Mejor.

—No soy como te figuras. Yo odio a todos los que, como Dougal y Regan, quieren imponerse no por cariño, sino... con regalos y dinero, tratándome como a una cualquiera.

—Bueno, eso se lo cuentas a Floro.

Detuvo en la dirección dada por Crystal, y poco después, sacaba Pardo del coche a Regan, que seguía sin recuperar los sentidos.

Lo dejó tendido en la mesa del consultorio.

Tras el primer reconocimiento, diagnosticó el médico:

—Nada grave, pero tardará tiempo en volver a pelear. Tiene doble fractura de mandíbula.

Dio Crystal su versión. El médico estuvo de acuerdo en que aquello no era más que una trifulca entre dos brutos peleadores por los bellos ojos de una Eva.

Removiéndose en la cama, Jack Dougal alargó el brazo, cogiendo el teléfono.

—¿Dougal? Es urgente y de su máximo interés.

Bostezando entre parpadeos lacrimosos, miró Dougal el reloj de la mesita de noche, que marcaba las diez y cinco de la madrugada. La voz prosiguió:

—Bud Regan está en un grave apuro.

Se despabiló algo Dougal, pero rebatiendo:

—Por la mañana, a las diez, en mi despacho.

—Ya será tarde. Ha de recibirme ahora mismo, Dougal, o se hunde el monopolio.

Se despertó del todo el cabecilla del trust, preguntando:

—¿Usted, quién diablos es?

—Rudy Pardo, exmanager y hoy representante de Seattle. Por su propia conveniencia, me recibirá ahora mismo.

—¿Dónde está?

—Telefoneándole, hombre. A unos diez minutos de distancia. Voy a su casa.

Revistió el batín y calzando las babuchas, se dirigió a la habitación contigua al garaje, donde dormía Gene Ozark, su hombre de confianza y guardaespaldas.

Lo sacudió con rudeza.

De la barra de la cabecera colgaba el tirante sobaquero con la funda de la automática, cuya culata fue lo primero que palpó Ozark, soñoliento.

Retiró la mano al reconocer a su patrón.

—Acaba de telefonarme Rudy Pardo. Viene hacia aquí a visitarme. No sé si viene en plan de negocios, pero me parece que no, porque citó a Bud, diciendo que se hallaba en un grave apuro. Te colocas a la escucha tras la cortina. Haré que Pardo se siente de modo que te dé la espalda, a corta distancia. Si repiqueteo con mi mechero sobre la mesita, te asomas y le golpeas duro. Ya le haremos entrar en razón.

Salió Dougal y Gene Ozark pasó al lavabo, frotándose nuca y rostro bajo el chorro helado.

En el jardín cuya empalizada había saltado, Rudy Pardo se apartó de la ventana, tras alzar lentamente su cristalera.

Tomó impulso y dobladas las piernas de lado, penetró en la habitación con elástico salto.

Ozark, que se abrochaba el pantalón, se abalanzó hacia la cabecera de la cama. Tocaba ya la pistola, cuando recibió en el antebrazo un doloroso puñetazo que le hizo abrir la mano.

El segundo golpe le resonó en la oreja, y se revolvió con presteza. Pero no era un combate con reglas y árbitro.

Pardo alzó una rodilla, a la vez que entrelazadas las manos, las bajaba de golpe sobre la nuca de Ozark.

Alzó la otra rodilla y conectó su zurda bajo el mentón de Ozark.

En vaivén constante de largos directos, lo derribó sobre la cama, cabalgándole.

Presionando con las rodillas, le sujetó los brazos, y mientras golpeaba sañudamente, resollaba a cada zurdazo:

—Recuerdos... de Floro...

Empleó una sábana en torcida para atarle los codos a la espalda, dejándole boca abajo en la cama.

Recogiendo la funda axilar se la justó bajo el sobaco, y volviendo a ponerse la americana, salió por la ventana, yendo a llamar a la puerta principal.

Abriendo, mostró Dougal los dientes de oro, en sonrisa de falsa campechanía:

—La hora es tardía, pero buena para recibir la visita del campeón de Seattle.

—Solo representante con Dalton, jefe. Salté la puerta del jardín para no obligarle a pillar un catarro.

Mostraba Dougal el saloncito a un lado del recibidor.

—Usted delante, jefe —sonrió Pardo—. La confianza siempre es mi lema, cuando se puede. Pero con usted, no se puede.

Jack Dougal, sentándose tras un velador, señaló el asiento frente a él.

Miró al que se instalaba, distando sus anchas espaldas apenas tres pasos de los gruesos cortinajes a cada lado del abierto umbral.

—¿Te has peleado con alguien recientemente, Rudy?

Y con el cigarro apuntaba hacia la leve hinchazón de la boca.

—Llevo una noche un poco agitadilla. Y todo para ver de llegar a un acuerdo con usted.

—Aludiste a Bud Regan.

—Resulta que me quiso atizar cuando le llamé canalla, abusador. Tuve que defenderme, ¿no? Y, según dictamen del matasanos, va para largo, antes de que pueda Bud abusar de nadie, y menos sobre un ring. O sea, que se ha quedado usted sin un representante de la pareja.

Entornados los párpados, quiso saber Dougal:

—¿Qué estás tramando?

—Salta a la vista, hombre. Le robaron la plaza a Floro con malas artes y por tanto, le pertenece sustituir a Regan como representante por Tacoma, ya que es más taquillero un Ciclón Mexicali que Hal Compton.

—Escucha, mexicano majo. Otros más listos que tú pretendieron imponerse y les fue muy mal.

—A mí, por ahora me va ricamente, jefe. Los otros serían más listos, no lo discuto, pero en cuanto a coraje sublevado, nadie me gana.

Dougal cogiendo el encendedor de la mesita, golpeó sobre ella.

Pardo, denegó con el índice.

Repitió Dougal con más impaciencia la señal convenida con Ozark.

—Va usted a cargarse el yesquero o la mesa, jefe. No le puede oír Ozark porque me hinché de darle estopa.

Abriendo su americana, se aplicó Pardo una palmada en el pecho.

Sus dedos rozaron la funda sobaquera.

—Tengo amistades en Seattle, y voy a conseguirme licencia de armas, por si los moscardones. Además, tengo una carta escrita y depositada en mi caja del banco.

—¿Para qué?

—Por si nos pasa algo macabro a Floro o a mí, se hunde usted con todo su tinglado. ¿Está claro, jefe?

Asintió Dougal, intrigado, preguntando:

—¿Qué te propones?

—Que tenga usted pupila. Firme un documento declarando que por lesión de Bud Regan, entrenándose, le sustituye Kid Fajador. Y por segunda vez le digo que tenga pupila, jefe.

Dougal se levantó.

Pasó tras la mesa despacho, y sentándose, abrió un cajón,

deslizando la mano al interior hasta rozar la culata.

Sentado en la esquina de la mesa, silabeó Pardo:

—Sáquela y se quema, jefe. Le trueno las cejas y le estallo la sesera.

Retrocedió Dougal el codo, sacando la mano desnuda, casi como si hubiera ya sentido la quemazón.

Comentó Pardo:

—Va me estaba yo olfateando que se inventaría usted un mal juego de manos. Le dije que cogiera la pluma y no la pistola.

Dougal se cruzó los brazos.

Recogió Pardo la automática del cajón, guardándosela en un bolsillo.

—Buena cosecha de herramientas. No quiera taladrarme con la mirada, jefe. Le consta que si pretende denunciarme, se le acabó todo el negocio. Escriba ya, hombre, que tengo sueño. ¡Vaya líos en que se mete usted con su trust del demonio! Ande, escriba claro y limpio, que Floro está rabiando por volver a ser el Ciclón Mexicali.

CAPÍTULO XII

Floro Galvan despertó bajo la ducha hacia la que le arrastró Max Oliver.

Y fue con verdadera adoración que al mediodía esperó en el ring de entrenamiento la llegada de su amigo, quien vendándose las manos, anunció:

—Anoche se hizo pupa Regan y acepta Dougal que seas el sustituto con Buster Colín. A lo mejor, en el sorteo nos toca enfrentarnos, y la Biblia habló de hermanos, pero no dijo nada de primos. O sea, que voy a ensañarme contigo, y te voy a zumar todo lo que pueda.

—Eres grande, león. Me ha contado Max que tienes una zurda que es una patada de elefante.

—Podrás catarla. En guardia, hermano.

Protegidos por el casco orejera, ambos efectuaron el clásico saludo inicial, empujándose mutuamente los guantes.

Al retroceder, dijo Galvan:

—Me da reparos eso de pelear contigo, Rudy.

—Estás grasoso y blando, Kid. No apagas ni una cerilla. Tienes manteca sobrada, hombre. Creo que no le aguantarías ni un asalto al chiquillo que nos trae los periódicos...

Arremetió Galvan y si bien estaba falto de entreno, demostró que encajaba y había mejorado en estilo.

En el segundo asalto, resoplando, empezó Galvan a batirse en constante retirada. Aferrándose con ambas manos en un cuerpo a cuerpo, jadeó:

—Estoy reventado, Rudy.

Pardo siguió martilleándole implacablemente.

Oliver roció con un cubo a Floro que, recuperándose, afirmó:

—A ese tren le zumbo a todo el que me echen.

Por la tarde, telefoneó Crystal Clinton. Y Kid Fajardo estaba en el séptimo cielo, cuando le arrebató Pardo el teléfono:

—Floro está todo derretido, Crys, pero ahora lo que conviene es que se entrene. O sea, que lo celebraremos con una comilona al día siguiente a la velada. Me gustaría hablar con Kay...

Kay arrebató presurosa el teléfono, y susurró:

—Te oigo, Rudy.

—Entonces vas a pasarte el día oyendo silbidos, porque me paso el día llamándote cosas dulces. Oye, apenas te vi, y eso que venía preocupado, me dije: «Este es el ángel que te hace falta, chico». Y quiero ganar el título, para ser alguien, y comprarte el anillo de marras...

Oyendo reír a Kay, resumió Pardo, contento:

—Trato hecho, Kay. Eres mi novia.

El sorteo decidió que en la primera eliminatoria se enfrentasen Kid Fajador con Alan Wilburn y Rudy Pardo con Duke Arlen.

La tarde de la velada, al despertar de la siesta, comenzó Galvan:

—Ya sé que ahora todo es limpio, pero sigo intrigado con aquel truco del que te valiste para que yo tumbase a Colin.

—Si patentase el truco me haría rico. Pero se necesitan dedos ágiles. Primero, para colocar el cartoncillo apenas vendadas las manos, y un segundo antes de calzar los guantes. Se hace como quien ajusta los vendajes, llevando el cartoncillo en la palma de la mano. Era cuestión de pensar en algo que no dejase huellas, y que fuera a la vez duro y flexible. Lo es el filamento de cable eléctrico, si se aprieta en vueltas en torno a un cartoncillo del largo y ancho de los nudillos, cubriéndolo con velpo de vendaje para que no destaque, y con gomas ventosas al interior, se adhiere el cartoncillo al vendaje. Y un cablecillo colgando para estirar de las ventosas, mientras al final del asalto, yo fingía estar atándote los guantes. Contra el pecho, como se hace normalmente. Entonces se estira del cable y, como las ventosas adherentes ya se han aflojado con el calorcillo, cae la plaquita en el bolsillo. Bastaba tener un bolsillo ancho en el blusón, para que dentro cayese todo el truco.

* * *

Alan Wilburn, representante de Olympia, era un estilista envarado que boxeaba a la contra. Floro Galvan cayó por dos veces en el segundo.

En el tercer asalto un mutuo cabezazo abrió una ceja de Wilburn. Y a cambio de varias caídas más, Kid Fajador, cumplió la orden de Max: «enseñarse con la ceja abierta».

En el quinto asalto, el árbitro detuvo el combate por inferioridad

física de Alan Wilburn.

Kid Fajador saltó como un simio contento por el ring, lanzando besos a Cristal, que agitaba su bolso para demostrar su entusiasmo.

En el tercer combate, Buster Colin venció a Sandy Brown. Burt Dalton perdió con Jim Stark, y llegó el último combate, oponiendo al negro Duke Arlen a Rudy Pardo.

Kay Clinton experimentó raros temblores, viendo la felina musculatura del mexicano, que esquivaba con rápidos esguinces los largos zarpazos del negro de piel brillante.

Rudy Pardo resultaba una asombrosa atracción por sus inesperadas reacciones. Parecía al borde del K.O. en el quinto, y de pronto, alzando su guardia baja, dejaba de balancearse en peligrosa esquivas, para «meter la zurda».

Al impacto, Duke Arlen recobraba una prudente distancia.

En el décimo asalto, Kay Clinton se anticipó al resto del público, saltando en pie.

Cazado por un escalofriante crochet del negro. Pardo estaba arrodillado, sacudiendo la cabeza.

Levantándose, capeó el temporal. En el undécimo asalto, Arlen empezó a flotar por el ring, ante la sañuda persecución de Pardo.

En el último asalto, el representante de Spokane se mantuvo en pie, demostrando ser merecedor de su apodo de Hormigón de Ébano.

El locutor vociferó la neta victoria a los puntos de Rudy Pardo.

CAPÍTULO XIII

—Voy a ver si arreglamos de una vez nuestros papeles, Kid.

—¿Con el detective que me dijiste, nuestro paisano?

—He pensado que es mejor que me entienda directamente con el SRIC.

—¿Y ese fulano quién es?

—Es el Servicio de Represión de la Inmigración Clandestina. Me iré a ver al que entiende de papeles para mexicanos, porque, hablando claro, la gente se entiende.

El sargento Frank MacMillan, del SRIC, escrutó al visitante que entraba en su despacho.

—Buenos días, jefe. Me han dicho que es usted el que entendía en cuestiones del papeleo reglamentario para mexicanos.

—Creo conocerle...

—Me llamo Rudy Pardo.

—Ah, ya. Le vi en el ring, donde se maneja bien, amigo. Siéntese. ¿De qué se trata?

—Pues resulta que a lo mejor me mete usted entre rejas, pero yo le dije a mi amigo Floro Galvan...

—¿Quién es ese?

—Apodado Kid Fajador.

—Ya. Le vi también. Siga.

—Le dije pues a Floro que la gente de buena voluntad, hablando claro, se entiende, ¿no?

—Así es.

—Y como además ya se lo conté todo al detective Gus Larriva, ya demostré mi buena voluntad. La lástima es que no cobramos la recompensa porque ustedes ya dieron con la pandilla, según me dijo Larriva.

Disimulando su asombro, MacMillan, comentó:

—Gus Larriva es un detective privado de una naviera.

—Ese mismo. Fue el que me dijo que ya no tenía yo que ir a por Rick Lazar y Russ Somers, porque habían aparecido muertos flotando en el muelle y toda la pandilla estaba cogida.

Ante la expresión del sargento, añadió Pardo:

—Oiga, parece que no me entiende.

—Por el momento, no mucho. Siga de todos modos.

—Me refiero a esos del barco que introducían contrabando y también a gente que, como yo, quería trabajar en el estado. Conrad, el marinero del pómulo, con cicatriz, Lazar que antes se llamaba Ricardo Lázaro, y Somers.

—Empiece por el principio, ¿quiere, campeón?

—Pues como resulta que quiero mis papeles en regla, lo mismo que Floro, pensé que usted era el más indicado y para eso he venido. Cuando murió Lewis Purdom, del plomo que sin querer la atizó Rick, ya que el balazo me lo quería encajar a mí...

—¡Un momento, un momento, pollo! Esta historia ha de contármela con todo detalle, desde que empezó, porque soy muy tardo de entendederas, sobre todo cuando la cosa es tan poco clara.

Dócilmente, relató Pardo cómo había embarcado.

Sus ocho meses de trabajo en un campamento de leñadores de Port Angeles, cuyas pagas percibía Lazar y que eran la condición preliminar para el embarque.

Expuso cómo después, al trasladarse a Everett y al querer prolongar Lazar la «cuota» por más tiempo de lo convenido, se había opuesto.

Detalló el accidente de la carretera, la fuga a Seattle y a Tacoma. Su regreso a Seattle, la lectura del anuncio y cuanto le había explicado Gus Larriva.

Al terminar dijo:

—Un buche de agua fresca no me vendría mal, jefe.

Tras beber, añadió:

—Supongo que ahora ya lo ha entendido todo, ¿no?

—Más o menos, sí.

—Yo tengo un oficio sano, soy honrado con quien lo es conmigo, y deseo tener mis papeles en regla lo mismo que Floro.

Acariciándose la barbilla, anunció MacMillan, risueño:

—La Providencia ayuda a los inocentes, Rudy. Siga bebiendo todo el agua fresca que quiera, mientras voy a la centralilla a que me faciliten unas conferencias urgentes con Port Angeles y Everett.

Rudy Pardo aguardó unos veinte minutos.

Al regresar, manifestó el sargento:

—Antes me dejaste casi *groggy* con tus revelaciones, campeón. Ahora me toca el turno. Agárrate a la silla. La pandilla a la que te

refieres, y de la que ya me has dado a conocer cinco componentes, uno de ellos el difunto Purdom, la vamos a atrapar gracias a ti. No solo tendrás papeles en regla... ¿Qué pasa ahora?

—Para Floro también.

—También. Y te ganarás la recompensa de cincuenta mil dólares.

Rudy Pardo se agarró con fuerza a la mesa.

—¿Eh...? ¿Cuánto, cómo dijo, jefe?

—Cincuenta mil, limpios de polvo y paja, campeón. Esta pandilla nos traía de cabeza, porque no son profesionales conocidos. Está ahora claro que se trata de personal, trabajando aparentemente con decencia para una naviera, y que efectúa sus operaciones delictivas sin que lo sepan los demás empleados. ¿Quieres seguir ayudándome, Rudy?

—Naturalmente, hombre. Faltaría más.

—Tendrás que jugarte el físico.

—Ya me lo juego por poca plata, o sea, que figúrese por estos sabrosos cincuenta mil. Dígame lo que hay que hacer...

CAPÍTULO XIV

Acodado al volante, Rudy Pardo dedicó una señal al detective que atravesaba la alameda del Puget West Park, de Seattle.

Sentándose junto al volante, dijo Larriva:

—Hola, paisano. Ya he leído tus triunfos.

—Siento no poder decirte lo mismo, detective de pega.

—¿Eh?

—Sí, hombre, eres un detective ful, ¡caramba!

—Pero... ¿Por qué?

—Me dijiste que Rick Lazar y Russ Somers habían fallecido de muerte poco natural, y ¡vaya susto que me pegué al verles vivitos y coleando ayer mismo en Everett!

Conservaba Larriva la diestra en el cruce de las solapas.

—Yo leí con estos ojazos la muerte de Lazar y Somers, paisano.

—Pues yo con estos ojillos los he visto a los dos paseando por Everett. Ellos no me vieron, y he venido a todo gas a consultarte. ¿Qué lío es este, hombre?

—¿Dónde está el lío?

—Me dijiste que toda la «panda» había caído.

—Por lo visto, y según tú, no.

—O sea, que eres un detective flojo de sesera. Hay diez mil a ganar y sigues despistado. Tenemos ya conocidos a tres de la «panda». Lazar, Somers, y el jefe de calderas del velero maderero Albatros II, un tal Conrad Jones.

Respingando, Larriva torció los labios para mascullar:

—Me dijiste que no sabías el nombre del barco ni del fogonero jefe. ¿Que solo sabías que se llamaba Conrad y tenía una cicatriz en el pómul.

—Pero Floro, sí que ha recordado.

—¿Floro?

—Galvan. Ya sabes que también a él lo trajeron en el barco, antes que a mí. Y vino como yo, convencido de que Rick Lazar jugaba limpio, y luego nos resultó un *gangster* de pacotilla.

—¿Estás seguro de lo que afirmas?

—¡Hombre y tanto! Como tú me propusiste la mitad de la recompensa, a eso he venido. A repartir... Bueno, ya podemos ir al

SRIC ese con lo que sabemos y a cobrar se ha dicho.

—¡Sí que vas a cobrar! —aseguró Larriva incisivamente.

Empujaba la tela de su americana contra el costado de Pardo.

—Conduce con mucho cuidado hacia donde te diga.

Fingió Pardo escandalizarse.

—¡Pero, hombre...! ¿A qué vienen estos malos modales de pronto?

Hizo Larriva más insistente la presión del cañón a través de la tela.

—Es una precaución elemental con un tipo musculoso como tú. No es un paseo como el que quiso darte Lazar.

—Ah, bueno.

—Conozco a uno que te pagará más que el SRIC por callarte.

Pensó Pardo que se cumplían las predicciones de MacMillan.

En aquel lugar y en pleno día no iba a disparar Larriva. Intentaría atraerlo hacia otro sitio más propicio para asegurarse de su silencio definitivo.

—¡Hombre, puesto así, cambia la cosa! A mí lo que me interesa es vivir en paz, dejar vivir, y ganar dinero, buena plata, porque he decidido casarme.

Mentalmente se reafirmó Larriva en que aquel púgil seguía siendo un cándido bruto.

Hizo una prueba, retirando la presión amenazadora.

Embragando, preguntó Pardo:

—¿Adónde vamos, paisano?

—Recto hasta el tercer cruce a la derecha. Vas progresando, ¿eh?

En el transcurso del trayecto, la conversación fue plenamente deportiva.

Hizo una seña el detective, y el boxeador aparcó, en la Cuarta Avenida Marítima, frente a un bloque de casas de una sola planta, rodeadas de jardín.

Por instinto deportivo, adivinó Pardo que el detective no desconfiaba de él creyéndole totalmente engañado.

Meditó que ahora era de vital importancia que no fallase la segunda predicción del sargento MacMillan, el canoso veterano:

—«Intentará que atraigas a Floro, ya que sois dos los que conocéis sus manejos. Entonces, telefoneas a este número. El resto

corre de mi cuenta.»

La casa, cuya verja abrió un robusto jardinero, era idéntica a las colindantes.

Un corpulento individuo, de traje bien cortado, esperaba en la galería frontal.

Era Neil Lowe, el secretario particular de Jock Harlan, accionista y uno de los inspectores de tráfico de la agencia naviera Olderham, en Seattle.

—Buenos días, Lowe. Le presento a Rudy Pardo, un púgil con muchas agallas y mucho coraje.

—¿Qué tal?

—Vamos bien —aseguró Pardo.

Añadía Larriva:

—Ha querido consultarme antes de revelar al SRIC determinados detalles.

Pero Larriva agregaba:

—Le he prometido que cobrará una recompensa mejor no yendo para nada al SRIC.

Sin replicar, Neil Lowe dio media vuelta.

Le siguió Pardo, a cuyo costado Larriva vigilaba de nuevo, tensos los músculos y la atención.

Atravesaron un amplio vestíbulo y entró Lowe al fondo, en un despacho. Se dirigió hacia el centro diciendo:

—Hizo mal en traerme a este individuo aquí, Larriva.

Volviéndose, encañonó a Pardo con una automática del nueve corto.

Pero con la misma simultaneidad de su brusca amenaza, le conminó Larriva:

—Enfunde la herramienta, Lowe, y no sea imprudente ni impulsivo.

—¿Por qué he de hacerle caso?

—Porque este muchacho tiene un amigo llamado Floro Galvan, y yo he dado mi palabra de que percibirá más plata callándose. Bastará con que venga Floro y charlemos amistosamente, hasta llegar a un fácil acuerdo monetario.

Neil Lowe pareció dudar.

Pardo calculaba la trayectoria más rápida y segura para apartarse de la línea de tiro y a la vez dejar fuera de combate a uno

de los dos, empleándolo como arma arrojadiza o parapeto.

Por fin guardando la pistola, dijo Lowe:

—Comprendido. Tengo que consultar con el patrón.

Aprobó Larriva:

—Eso es.

Al dirigirse Lowe al teléfono añadió el detective:

—Reposa los músculos, Rudy. Has de darte cuenta que siendo este negocio de mucha plata, los contratiempos por leves que sean, le hacen saltar los nervios al señor Lowe.

Asintió Pardo, ceñudo.

Entrecerrados los párpados, permanecía de modo que en cualquier instante pudiera actuar.

Ya se lo había advertido MacMillan.

Tenía que exponer el físico, hasta que se averiguase con quién conectaba Larriva.

Se fijó en los números que iba marcando Lowe: 13 95 55. Y dos letras: CT.

El listín demostraría que eran los pertenecientes al teléfono particular del despacho de Jock Harlan.

Oyó decir a Lowe:

—Ha surgido una complicación, señor. Le ruego que acuda directamente... Es esencial para todos... Gracias, señor.

Ahorquillando el aparato, miró a Pardo, exigiendo:

—Que venga su amigo Galvan, si quiere tratar de negocios con nosotros.

—Kid estará ahora embuchándose un sabroso almuerzo en la cantina del Sporting Beach. Puedo telefonarle.

—Deme el número.

Lo dio Pardo.

Correspondía al aparato en que aguardaba uno de los auxiliares del sargento MacMillan.

Inquirió Lowe:

—¿Cantina de la playa Sporting?

Larriva se había sentado, vigilando disimuladamente al boxeador.

Por el auricular, oyó Lowe una voz informándole que, en efecto, era la cantina de la playa Sporting.

—Hágame el favor de avisar a Floro Galvan.

Apuntó Pardo:

—Kid Fajador.

Repitió Lowe y, tendiendo el aparato, dijo:

—Explíquele a su amigo que no puede ir a buscarle, pero que espere ante la cantina, que pasará un coche a recogerle.

Asiendo el teléfono, pensó Pardo que aquella era una inesperada complicación, en la que tal vez no había caído el sargento.

De perfil, observaba a Larriva.

Frente a él, Neil Lowe hojeaba la guía telefónica.

Parecía buscar una dirección.

Habló Pardo con el auxiliar, tras el convenido compás de espera:

—Hola, Kid. No puedo ir a buscarte, pero pasará un coche a recogerte. Aguarda frente a la cantina. Es un buen negocio en marcha. ¿Entendidos? Espera frente a la cantina...

Neil Lowe acababa de apoyar el índice en una hoja de la guía. Era desconfiado aquel antipático peso pesado, se dijo Pardo.

Acababa de comprobar que la cantina del Sporting Beach, no tenía los números que había dictado.

Tenía que exponer el físico.

No colgó el aparato. Se valió de él para asestar un directo, impulsándose con todo el peso de su torso.

Alcanzado en plena barbilla, Neil Lowe vaciló hacia atrás, mientras Pardo, aprovechando el mismo impulso, soltaba el teléfono, y, chocando de pecho contra la mesa, se dejaba caer a un lado.

Gus Larriva, en pie, empleaba un silenciador.

El «plof» resonó huecamente, astillando una esquina de la mesa.

Pardo cabeceó el estómago de Lowe, a la vez que martilleaba con los dos puños.

Silbó en sus oídos el gancho que le destinaba Lowe con la izquierda, mientras intentaba sacar su pistola.

Se ladeó, empujando en *uppercut* a Lowe, mientras acudía Larriva, disparando por segunda vez.

Y entonces resonó la voz, que semejó la de un árbitro en un instante apurado:

—¡Quietos, muchachos, quietos!

Y con la orden, hacía irrupción el sargento MacMillan.

A cada lado tenía un auxiliar, encañonando respectivamente a

Lowe y a Larriva con sus automáticas.

Uno de ellos tuvo que disparar al dar media vuelta Larriva.

* * *

Floro Galvan tenía ya también sus papeles en regla. No se avergonzó de sorber y emitir ruidosas aspiraciones nasales, cuando afirmó Pardo:

—Se acabó apencar con piñazos. No seguimos, Kid, porque acabaríamos sonados y más tontos de lo que nacimos. A veinticinco mil por barba, montamos el gran negocio de transportes. Y ya nos podemos convertir en mariditos, Kid.

—Sí, pero, relajo, tú fuiste el que te jugaste el físico y como voy yo ahora a repartir la plata...

—No discutas, hombre. Tú mismo dijiste en tu choza de Everett que empezábamos juntos y siempre hasta el final. Tanto es así, que hasta hemos ido a enamorarnos de las dos primitas. Las veremos pronto, que ya me urge darle el gran beso rugidor a mi chica.

La Prensa dedicó extensos reportajes a la descalificación a perpetuidad de los componentes del trust pugilístico.

Gene Ozark y Bud Regan eran acusados de amenazas de muerte y lesiones, invalidando púgiles que intentaron oponerse al trust.

Ed Wilson y Jack Dougal, como inductores morales y promotores del monopolio de Tacoma, iban a responder de numerosas defraudaciones delictivas.

En el coche, y saliendo de visitar al juez de paz, dijo Crystal suspirando:

—Eso sí que es amor, Kid.

Floro Galvan se limitó a seguir besando y estrujando.

Al volante, frenó Pardo en seco, diciendo con voz entrecortada:

—Este fajador impaciente me contagia, hombre. Un paisaje de miedo, ¿verdad, cariño?

Kay musitó:

—De miedo, cariño.

—Un primer beso que tanto he esperado, y que... ¡hombre!, por fin solos.

Kay Clinton se encogió, cerrados los párpados, trémula y extasiada.

El contundente expúgil besaba con dulce coraje

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España